

Bertolt Brecht



*Representación de "Madre Coraje y sus hijos"
en Munich, en 1960, dirigida por el autor.*

MADRE CORAJE Y SUS HIJOS

PIEZA DRAMÁTICA EN DOCE CUADROS

*Obra estrenada en 1941 en Zürich, en el Teatro Schauspielhaus,
con Teresa Giehse, y música de Paul Dessau.*

Personajes

Madre Coraje
Catalina
Eilif
Requesón
Capellán
Cocinero
Yvette
Mariscal
Cabo
Reclutador
Intendente
Tuerto
Sargento Papista
Poldi
Escribiente
Soldado joven
Soldado viejo
Soldado 1ro.
Campesina
Soldado 2do.
Campesino
Borracho
Campesino Joven
Anciana
Alférez
Soldados
Campesino Viejo
Campesino Joven
Campesina
Gente del Pueblo



I

Primavera de 1624. En Dalarne, el Mariscal Oxenstiern engancha tropas para su campaña contra Polonia. La cantinera Anna Fierling, más conocida por el nombre de Madre Coraje, pierde a uno de sus hijos. La acción en la carretera cerca de la ciudad. Un Cabo y un Reclutador de tropas están allí tiritando de frío.

Reclutador. ¿Cómo me las arreglo para reclutar una tropa aquí? Hay veces en que pienso en el suicidio, Cabo. Tengo hasta el doce para presentarle cuatro compañías al Mariscal y la gente de por aquí es tan pérfida que me paso las noches sin dormir. Supe que por fin logré dar con uno: ni le miré bien, ni me fijé siquiera en su pechuga de gallina y en sus várices. Más aún, a Dios gracias ya he llegado a emborracharle debidamente, ya le hice firmar, todavía estoy dentro para pagar el aguardiente, él ya ha salido y yo como un solo hombre me corro hacia la puerta porque me asalta un temor... Y tal como te digo, el hombre se me ha ido, como escapa el piojo cuando lo estás rascando. No hay palabra que valga, no hay fe ni lealtad, no hay honor. Aquí es donde perdí la confianza en la humanidad, Cabo.

Cabo. Lo que pasa aquí es que hace rato no hubo guerra. ¿De dónde habrían de sacar entonces la moral?, me pregunto yo. La paz no significa más que relajamiento. Sólo la guerra trae orden. Durante la paz la humanidad se corrompe. Las gentes y las bestias se despilfarran, como si no valiesen nada. Todo el mundo traga, como le viene en gana: sobre el pan blanco una tajada así de queso y, encima del queso, otra lonja así de tocino. Cuánta gente y cuántas bestias tiene esa ciudad ahí enfrente lo sabrá

Dios. Jamás hicieron un recuento. Yo estuve en regiones que en sesenta años no habían tenido ni una guerra. Pues bien, las gentes ni tenían nombres ni se conocían a ellas mismas. Sólo donde hay guerra hay listas ordenadas y registros, se vende el calzado en fardos y la mies en costales, se recuenta y se lleva uno decentemente la gente y el ganado. Y eso, ¿por qué? Porque es cosa sabida, ¡sin orden no hay guerra!

Reclutador. ¡Cuán cierto es eso!

Cabo. La guerra, como todas las cosas buenas, al principio es un poco difícil de hacer, pero cuando florece, a su vez, es pegadiza. Entonces la gente tiembla ante la paz. Al principio se espanta frente a la guerra. Le resulta algo nuevo.

Reclutador. Mira, ahí viene una carreta. Dos mujeres y dos mozos. ¡A detener a la vieja, Cabo! Si esta vez no resulta te juro que no me expongo más a la borrasca.

(Óyese un acordeón. Arrastrada por dos mocetones se acerca una carreta. En ella vienen Madre Coraje y Catalina, su hija muda).

Madre Coraje. ¡Buenos días, señor Cabo!

Cabo. *(Cerrándoles el paso)* ¡Buenos días, gentes! ¿Quiénes sois?

Madre Coraje. Comerciantes.

(Canta):

¡Ea, jefes, acallad la caja
y que hagan alto los infantes!
Madre Coraje vende calzas
a fin de que mejor os marchen.
Con sus piojos y alimañas,
bagajes, tiros y cañón,
han de marchar a la batalla:
el buen calzado es condición.
Ya es primavera. ¡Sus, cristianos!
Deshiela. En paz están las fosas.

Y quien aún no esté finado
ponga los pies en polvorosa.
¡Ea, jefes, vuestra tropa no anda
sin salchichón hacia la muerte!
A la Coraje haced que vayan
para alma y cuerpos vinos tiene.
Cañones, en los buches huecos,
¡oh, jefes!, cosa sana no es.
Mas os bendigo, si están llenos,
aunque al infierno los llevéis.
Ya es primavera. ¡Sus, cristianos!
Deshiela. En paz están las fosas.
Y quien aún no esté finado, ponga los pies en polvorosa.

Cabo. ¡Alto! ¿A quién pertenecéis, gentuza?

Eilif. Segundo regimiento finés.

Cabo. ¿Y vuestros documentos?

Madre Coraje. ¿Documentos?

Requesón. ¡Pero si es Madre Coraje!...

Cabo. En mi vida oí hablar de ella. ¿Por qué se llama Madre Coraje?

Madre Coraje. Me llamo Coraje, Cabo, porque temiendo la ruina me vine desde Riga y pasé por el fuego de la artillería con cincuenta panes en el carro. Ya estaban criando mohos, no había tiempo que perder y no tuve otro remedio.

Cabo. Basta de bromas, ¿en? ¡Los documentos!

Madre Coraje. (*Saca de una caja de peltre un montón de papeles y baja de la carreta*). Aquí tiene todos mis documentos, Cabo. Un misal entero, que es de Estrasburgo y quizá sirva para envolver pepinillos, y un mapa de Moravia; Dios sabe si algún día iré a parar allí, si no, no me sirve de un... comino, y acá está certificado que mi tordillo no tiene la aftosa. Lástima que se nos murió igual; costó quince florines, pero no fue plata mía, a Dios

gracias. ¿Le bastan como documentos?

Cabo. ¿Quieres tomarme el pelo? Ya te he de sacar tus mañas. Sabes que es menester tener licencia.

Madre Coraje. Hable con un poco de decencia, y no les esté contando a mis hijos adolescentes que yo quiero tomarle sus pelos. Eso no se hace, y entre nosotros dos no existe nada. Mi cara honrada es licencia suficiente para el Segundo Regimiento, y si no sabe leer en ella, peor para usted. No voy a dejarme estampar un sello.

Reclutador. Cabo, noto un espíritu de rebeldía en esta persona. Lo que necesitamos en el campamento es disciplina.

Madre Coraje. Yo creía que era salchichón.

Cabo. ¡Nombre!

Madre Coraje. Anna Fierling.

Cabo. ¿Os llamáis, pues, Fierling todos?

Madre Coraje. ¿Por qué? Yo me llamo Fierling. Ellos, no.

Cabo. ¿No dices que son tus hijos?

Madre Coraje. Y lo son, ¿pero crees que por eso tienen el mismo nombre? (*Señalando al mayor*). Ese, por ejemplo, se llama Eilif Noiótski, como que su padre sostenía siempre llamarse Koiótski o Moiótski. El chico se acuerda muy bien de él, sólo que es a otro a quien él recuerda, a un francés de barbita. Pero fuera de eso, heredó del padre la inteligencia. Aquél era capaz de sacarle el pantalón del trasero a un campesino sin que el otro se diese cuenta. Y así cada uno de nosotros tiene su nombre.

Cabo. ¿Cómo? ¿Todos con nombres distintos?

Madre Coraje. Vamos, hace usted como si no conociese estas cosas.

Cabo. (*Señalando al menor*) Entonces ése ha de ser un chino, ¿eh?

Madre Coraje. Le erró. Es un suizo.

Cabo. ¿Por el francés?

Madre Coraje. ¿De qué francés me habla? Yo no sé nada de ningún francés. No confunda las cosas; si no, estaremos discutiendo aquí hasta la noche. Es un suizo; pero se llama Féios, un nombre que no tiene nada que ver con su padre. Ese se llamaba de otro modo y era constructor de fortines, pero un borrachín.

(Requesón asiente con amplia sonrisa, y también la muda Catalina se divierte).

Cabo. ¿Entonces cómo es que se llama Féios?

Madre Coraje. No quiero ofenderle, pero lo que es fantasía parece que demasiada usted no tiene. Naturalmente, se llama Féios porque cuando vino él yo estaba con un húngaro, a quien ya no le importaba, porque tenía mal de orina, y eso que nunca bebía ni una gota, puesto que era un hombre decente. El muchacho sale a él.

Cabo. Pero si no fue su padre, ¿cómo puede?...

Madre Coraje. Sin embargo sale a él. Yo le llamo Requesón, como que es bueno para ir tirando... del carro. *(Señala a su hija)*. Y ésa se llama Catalina Haupt y es medio alemana.

Cabo. Hermosa familia, por cierto.

Madre Coraje. Sí, sí. He recorrido medio mundo con mi carreta.

Cabo. Anotaremos todo eso. *(Anota)*.

Reclutador. Más bien tendríais que llamaros Jacobo Buey y Esaú Buey, puesto que estáis tirando de la carreta. Parece que nunca salís de debajo del yugo, ¿eh?

Eilif. Madre, ¿me dejas romperle el hocico? Tengo ganas de hacerlo.

Madre Coraje. Y yo te lo prohíbo. Quédate donde estás. Y ahora, mis señores oficiales, ¿no necesitarías unas buenas pistolas o un tahalí, que el vuestro ya está del todo raído, señor Cabo?

Cabo. Necesito otra cosa. Veo que los muchachos son más fornidos que abedules jóvenes, con unos pechos arqueados y unas

piernas vigorosas. ¿Por qué esquivan el ejército tales gandules?
¿Puede saberse?

Madre Coraje. (*Vivamente*). No hay caso, Cabo. Mis hijos no sirven para el oficio de guerreros.

Reclutador. ¿Y por qué no? Es beneficioso y trae gloria. Cambalachear con botas y zapatos es asunto de hembras. (*A Eilif*). A ver, adelántate, deja que te toque un poco, así veremos si tienes músculos o eres un marica.

Madre Coraje. Es un marica. Lo miráis con severidad y se desploma.

Reclutador. Y al desplomarse mata a un ternero, si es que hay alguno a su lado. (*Quiere llevárselo*).

Madre Coraje. ¿Quieres dejarle en paz? No será de los vuestros.

Reclutador. Me insultó groseramente. Llamó hocico a mi boca. Nos vamos allí, al campo, para arreglar la cuestión entre hombres.

Eilif. Pierde cuidado, madre. Le he de arreglar las cuentas.

Madre Coraje. ¡Te quedas aquí! ¡Camorrero! Te conozco: siempre buscando quimera. Lleva un cuchillo en la bota y le gusta clavarlo.

Reclutador. Yo se lo saco como si fuera un diente de leche. Vamos, mocito.

Madre Coraje. Se lo digo al Coronel, señor Cabo. Os hago meter en el calabozo. El Teniente enamora a mi hija.

Cabo. Nada de violencias, hermano. (*A Madre Coraje*). ¿Qué tienes contra el ejército? ¿Acaso no fue soldado su padre? ¿Acaso no cayó con toda decencia? Tú misma lo dijiste.

Madre Coraje. Es un chico perfecto. Vosotros me lo queréis llevar a la matanza, yo os conozco. Os dan cinco florines por él.

Reclutador. Por lo pronto le darán una gorra hermosa y botas con rodilleras, ¿no es así?

Eilif. De ti no lo aceptaré.

Madre Coraje. Díjole el pescador al gusano: ven a pescar conmigo. (*A Requesón*). Vete corriendo y grita que quieren secuestrar a tu hermano. (*Saca un cuchillo*). ¡Tratadlo, tratad de robármelo! ¡Os acuchillo, canallas! ¡Os enseñaré a guerrear con él! ¡Nosotros vendemos honestamente lienzos y jamones, y somos gentes pacíficas!

Cabo. Por tu cuchillo se ve cuán pacíficos sois. Vergüenza tendrías que darte, bruja. ¡Guarda ese cuchillo! Hace poco confesaste vivir de la guerra, pues, ¿de qué otra manera podrías vivir, eh? ¿Pero cómo habrá guerra si no hay soldados?

Madre Coraje. No tienen por qué ser los míos.

Cabo. ¿Ajá? ¿Quieres que tu guerra se coma la semilla y tire la ciruela? ¿Que tus críos engorden con la guerra sin que tú le rindas tu diezmo? Que ella se arregle sola, ¿eh? Coraje te llamas, ¿eh? ¿Y temes la guerra, tu ama y patrona? Tus hijos no la temen, bien lo sé yo.

Eilif. Yo no temo guerra alguna.

Cabo. ¿Por qué habrías de temerla? Mírame a mí, ¿te parece que me perjudicó la vida de soldado? A los diecisiete la empecé.

Madre Coraje. Pero setenta aún no tienes.

Cabo. Bien puedo esperararlo.

Madre Coraje. ¡Cómo no! Debajo de la tierra ya lo creo.

Cabo. ¿Quieres ofenderme y me dices que moriré?

Madre Coraje. ¿Y si fuese verdad? ¿Y si yo viese que ya estás marcado? ¿Y si ya tuvieses el aspecto de un muerto que camina, eh?

Requesón. Tiene la doble visión, ella. Todos lo dicen. Te predice el futuro.

Cabo. No creo en esas cosas.

Madre Coraje. Dame el yelmo. (*Él se lo da*).

Cabo. Vale menos que cargar en campo raso. Se lo doy para reírme un rato.

Madre Coraje. (*Coge un pergamino y lo rasga*). Eilif, Requesón y Catalina. Así hemos de ser rasgados si nos metemos en la guerra. (*Al Cabo*). Excepcionalmente se lo haré gratis. Dibuja una cruz sobre esta tirita. Negra es la muerte.

Requesón. Y en la otra dibuja nada, ¿viste?

Madre Coraje. Y aquí las pliego, y ahora las sacudo bien y las mezclo —como estamos mezclados todos, desde que salimos del vientre materno— y ahora sacas una y sabes todo.

(*El Cabo titubea*).

Reclutador. (*A Eilif*). Yo no tomo a cualquiera, tengo fama de pretencioso. Pero tú tienes un fuego que me llega al alma.

Cabo. (*Hurgando en el yelmo*). ¡Tonterías! ¡Puros disparates!

Requesón. Una negra cruz sacó. Listo está.

Reclutador. No te asustes porque bale un cordero. Las balas no se funden para todos.

Cabo. (*Con voz ronca*). Me engañaste.

Madre Coraje. Tú mismo te engañaste, el día que te volviste soldado. Y ahora seguimos adelante. No todos los días hay guerra, y no puedo perder el tiempo.

Cabo. Por todos los demonios del infierno, no me dejo trapacear por ti. Tu bastardo irá con nosotros, será soldado.

Eilif. Por cierto que me gustaría, madre.

Madre Coraje. Cierra esa trompa, demonio finés.

Eilif. El Requesón también quiere ser soldado.

Madre Coraje. ¡Qué novedad! Os haré sacar las suertes a vosotros tres.

(*Corre hacia el fondo para dibujar cruces en las tirillas*).

Reclutador. (*A Eilif*). Se ha dicho contra nosotros que en el

campamento sueco hay costumbres muy piadosas. Todo eso no es más que calumnia para dañarnos. Sólo los domingos se canta, y entonces es una sola estrofa. Y eso siempre que se tenga buena voz...

Madre Coraje. *(Vuelve con las tirillas en el yelmo del Cabo).* Quieren escaparse de su madre, esos demonios, y correr hacia la guerra como los terneros tras la sal. Pero yo he de preguntar a las suertes, y entonces verán que el mundo no es un Valle de Alegrías con eso de "Ven, hijito, necesitamos más Mariscales". Cabo, tengo grandes temores por ellos; siento que no van a salir salvos de la guerra. Los tres tienen cualidades terribles. *(Alcanza el yelmo a Eilif).* ¡Toma, sácate una suerte! *(Él la saca y despliega. Ella se la arranca de las manos)* ¡No ves, una cruz! ¡Oh, desgraciada de mí, madre desdichada que soy, mater dolorosa. ¡Morirás! En la primavera de su vida se irá. Si se vuelve soldado tendrá que morder el polvo, eso es claro. Es demasiado temerario, igual que su padre. Y si no ha de ser prudente, irá por la senda de toda carne, tal lo demuestra la tirilla. *(Se enfrenta con él y le grita).* ¿Serás prudente, sí o no?

Eilif. ¿Por qué no?

Madre Coraje. Prudencia es que te quedes al lado de tu madre, aunque se burlen de ti, y si te dicen marica, riéte de ellos.

Reclutador. Si tú te ciscas de miedo, me entenderé con tu hermano.

Madre Coraje. Te he dicho que te rías. ¡Ríete! y ahora, Requesón, saca una tú. Por ti tengo menos miedo, tú eres probo. *(Saca una tira del yelmo).* ¡Oh! ¿Por qué la miras tan sorprendido? Seguramente estará blanca. No puede ser que haya una cruz en ella. No es posible que también te pierda a ti. *(Coge la tirilla).* ¿Una cruz? ¡También a él! ¿Será porque eres tan sencillote? ¡Oh, Requesón, tú también perecerás si no te mantienes siempre tan probo, como desde criatura te lo enseñé, y no me traes siempre la vuelta cuando vas a comprar pan! Sólo entonces podrás salvarte. Mira, Cabo, ¿no es verdad que hay una cruz negra?

Cabo. Una cruz hay. No comprendo cómo pude haber sacado

una. Siempre ando esquivando las primeras filas. (*Al alistador*). No es cosa de embustes.

Madre Coraje. (*A Catalina*). Y ahora sólo me fío de ti, tú misma eres una cruz y tienes buen corazón. (*Levanta el yelmo hacia el carro, para alcanzárselo, pero ella misma saca la tirilla*). Es como para desesperar. No puede ser, quizá me haya equivocado al mezclar. No seas nunca demasiado bondadosa, Catalina, no lo seas más, que en tu camino también hay una cruz. Estáte siempre bien quieta, eso no te resultaría difícil, puesto que eres muda. Bueno, ahora lo sabéis. Sed prudentes todos, que buena falta os hace. Y ahora subimos al carro y seguimos adelante.

(*Devuelve el yelmo al Cabo y sube a la carreta*).

Reclutador. Haz algo, pues, si puedes.

Cabo. No me siento nada bien.

Reclutador. Quizá te hayas resfriado, con este viento y sin yelmo. Enrédala en algún trato. (*En voz alta*). Al menos podrías mirar ese tahalí. Esa buena gente vive del negocio, ¿no es así? ¡Ea, oíd, el Cabo quiere comprar el tahalí!

Madre Coraje. Cuesta medio florín. Dos florines vale... (*Baja otra vez de la carreta*).

Cabo. Nuevo no es. Aquí hay viento... Tengo que estudiarlo con toda tranquilidad.

(*Vase con el tahalí detrás de la carreta*).

Madre Coraje. No siento corriente alguna.

Cabo. Puede que valga medio florín, tiene plata.

Madre Coraje. (*Le sigue detrás de la carreta*). Seis onzas sólidas.

Reclutador. (*A Eilif*). Y después, entre hombres, vamos a empujar el codo. Tengo dinero encima, ven.

(*Eilif está indeciso*).

Madre Coraje. Que sea medio florín, pues.

Cabo. No lo comprendo. Siempre estoy detrás del frente. No hay lugar más seguro que el de un Cabo. Siempre se manda por delante a los otros: que ellos adquieran gloria. Me has echado a perder mi almuerzo. Sé que no voy a probar bocado.

Madre Coraje. No es menester que lo tomes tan a pecho, que ya no puedes comer. Mantente siempre detrás del frente. Toma, hombre, bebe un trago de aguardiente.

(Le da de beber).

Reclutador. *(Ha tomado del brazo a Eilif y le lleva consigo hacia el fondo)*. Diez florines de entrada, y eres un hombre valeroso, peleas por tu rey y las mujeres están locas por ti... Y a mí me puedes romper el hocico porque te ofendí.

(Ambos se van. La muda Catalina baja, saltando, de la carreta, y articula roncas voces).

Madre Coraje. En seguida, Catalina, en seguida. El señor Cabo está pagando. *(Muerde la moneda)*. Tengo desconfianza a toda clase de dinero. Con todo, la moneda es buena. Y ahora nos vamos. ¿Dónde está Eilif ?

Requesón. Se fue con el alistador.

Madre Coraje. *(Después de estarse muy quieta un rato)*. ¡Qué simplote eres! *(A Catalina)*. Ya sé que tú no puedes hablar. Tú no tienes la culpa.

Cabo. Ahora puedes tomar un trago tú misma, Madre. Así van las cosas. Ser soldado no es lo peor. Quieres vivir de la guerra, pero a ti y a los tuyos los quieres tener bien a salvo, ¿eh?

Madre Coraje. Ahora tú tendrás que tirar del carro, Catalina, al lado de tu hermano.

(Ambos, hermano y hermana, se uncen a la carreta y arrancan. Madre Coraje marcha a su lado. La carreta sigue por su camino).

Cabo. *(Siguiéndoles con la mirada)*. De la guerra quiere vivir: con algo tendrá que contribuir.

II

En los años 1625 y 26 Madre Coraje atraviesa Polonia, junto al bagaje de los ejércitos suecos. Frente a la fortaleza de Wallhof se encuentra de nuevo con su hijo. Exitosa venta de un capón y días de gloria para el hijo temerario. La acción en la tienda del Mariscal. A un costado la cocina. Retumban los cañones. El COCINERO está discutiendo con MADRE CORAJE, que quiere venderle un capón.

Cocinero. ¿Sesenta dineros por esta ave mísera?

Madre Coraje. ¿Ave mísera esta bestia rechoncha? ¿Me quiere contar que no vale ni sesenta dinerillos para un Mariscal como el suyo, más comilón que una vaca? ¡Pobre de usted si hoy no hay nada para el almuerzo!

Cocinero. Por diez dineros le consigo una docena de éstos en cualquier rincón.

Madre Coraje. ¿Qué? ¿Un capón como éste quiere conseguirlo en cualquier rincón? ¿Cuando estamos de sitio y hay un hambre como para agujerear las tripas? Una rata puede que consiga; digo puede, porque la mayoría de ellas ya han sido devoradas, y andan de a cinco hombres corriendo medio día detrás de una rata. ¡Cincuenta dineros por un capón habiendo sitio!

Cocinero. ¡Pero si nosotros no somos los sitiados!... Ellos son los sitiados. Nosotros, los sitiadores. ¿No le entra eso en la molla?

Madre Coraje. Con todo, no tenemos nada para hincarle el diente. Tenemos menos que los de la ciudad. Se lo han llevado todo adentro. Están viviendo la gran vida, me han dicho. ¡Pero nosotros! Estuve con los labriegos y no tienen nada.

Cocinero. Tienen. Lo que pasa es que lo ocultan.

Madre Coraje. (*Triunfante*). No tienen. Están arruinados, eso es lo que pasa. Se están tragando sus propias entrañas. He visto a algunos que revuelven la tierra, buscando raíces, y se chupan los dedos por unas riendas de cuero hervidas. Así están las cosas. Y yo tengo aquí un capón y lo quiero vender por cuarenta dineros.

Cocinero. Treinta, cuarenta no. He dicho treinta.

Madre Coraje. Oiga, éste no es un capón vulgar. Era una bestia talentosa; me han dicho que sólo dormía con música, y que hasta tenía su marcha favorita. Hacía cuentas, de puro inteligente. ¿Y le parece entonces que cuarenta dineros es demasiado? El Mariscal le arrancará las orejas si no le sirve un buen almuerzo.

Cocinero. Mire lo que hago. (*Toma un trozo de carne de vaca y hace ademán de cortarlo*). Aquí tengo un trozo de carne de vaca y lo freiré. Le doy un último plazo para pensarlo.

Madre Coraje. Fríalo no más. Es del año pasado.

Cocinero. De anoche es. Anoche la vaca todavía estaba corriendo. Yo mismo la he visto.

Madre Coraje. Entonces ya habrá apestado en vida.

Cocinero. Si fuese menester la cocino cinco horas, a ver si sigue dura. (*Corta*).

Madre Coraje. Échele mucha pimienta, así el señor Mariscal no sentirá la hediondez.

(*Entran en la tienda el Mariscal, el Capellán y Eilif*).

Mariscal. (*Palmeando el hombro a Eilif*). Adelante, hijo mío, adelante, y siéntate a la derecha de tu Mariscal. Pues has realizado una hazaña, como piadoso soldado, y has hecho por Dios lo que has hecho, en esta guerra de religión, y por ello mereces alto concepto y recibirás tu brazalete de oro apenas la ciudad sea mía. Hemos venido aquí para salvarles las almas, ¿y qué hacen

ellos, como desvergonzados y asquerosos campesinos de mierda que son? ¡Nos arrean el ganado! Pero a sus curas se lo entregan por donde pueden. Bueno, al menos les enseñaste a vivir. Toma, échate una jarra del tinto, lo tomaremos los dos, de un solo trago. (*Lo hacen*). Y al capellán no le damos un c. . .o; él es demasiado piadoso. ¿Y qué quieres para el almuerzo, querido?

Eilif. ¿Una lonja de carne, si pudiese ser?

Mariscal. ¡Carne, cocinero!

Cocinero. Encima se trae visitas, sabiendo que no hay nada.

(*Madre Coraje lo hace callar, porque quiere escuchar*).

Eilif. Desollar campesinos abre el apetito.

Madre Coraje. Jesús, es mi Eilif.

Cocinero. ¿Quién?

Madre Coraje. Mi hijo mayor. Hace dos años que le he perdido de vista; me lo robaron en plena carretera, y ahora debe de estar muy bien considerado si el mismo Mariscal le invita para el almuerzo. Y tú, ¿qué tienes para el almuerzo ahora? ¡Nada! ¿Oíste lo que quiere comer, como huésped que es? ¡Carne! Para tu bien, te aconsejo: toma el capón, que te cuesta un florín.

Mariscal. (*Se ha sentado, junto a Eilif y el Capellán, y grita*). ¡Algo para comer, Lamb, bestia cocinera, o te mato!

Cocinero. ¡Dámelo, en nombre del demonio, concusionaria!

Madre Coraje. ¿No decías que es un ave mísera?

Cocinero. Mísera es, pero dámela; es un pecado pagarlo, pero van cincuenta dineros.

Madre Coraje. Un florín he dicho. Para mi hijo mayor, que es el huésped querido del señor Mariscal, no hay nada que sea demasiado caro.

Cocinero. Al menos desplúmala, mientras yo enciendo el fuego.

Madre Coraje. (*Se sienta para desplumar el capón*). La cara que pondrá cuando me vea. Es mi hijo sagaz y temerario. Tengo otro

que es medio tonto, pero probó. Y la hija no es nada. Por lo menos no habla, y eso ya es mucho.

Mariscal. Toma otro más, hijo mío; es mi Falerno favorito; aún queda un tonel o dos, si mucho, pero te lo doy de buen grado al ver que en mis tropas persiste todavía la verdadera fe. Y al pastor de almas, lo dejamos no más que se contente con mirar, puesto que él sólo sabe predicar cómo hay que hacer las cosas, y él mismo no sabe hacerlas. Y ahora, Eilif, hijo mío, cuéntanos, con pelos y señales, cómo te las arreglaste para jorobar con tanta gracia a los labriegos y quitarles las veinte reses. Esperemos que lleguen pronto.

Eilif. En uno o dos días, a más tardar.

Madre Coraje. ¡Cuánta consideración tiene mi Eilif al no haber traído hoy los bueyes! Si los traía ni habríais saludado a mi capón.

Eilif. Pues bien: el asunto fue así. Averigüé que los campesinos habían llevado, bajo cuerda y, sobre todo, de noche, sus bueyes, que estaban escondidos en los bosques, a un montecillo que me fue indicado. Y allí los irían a retirar los de la ciudad. Les dejé arrear tranquilamente el ganado, diciéndome que ellos no lo habrían de encontrar más pronto que yo. Y a mi gente le abrí el gusto por la carne, le estreché la pobre ración durante dos días, hasta que ya se les hacía agua la boca apenas oían algo que empezase con car..., aunque no fuese más que carbón.

Mariscal. Has sido muy inteligente.

Eilif. Puede que sí. Lo demás fue una bagatela. Sólo que los campesinos tenían sus garrotes encima y eran tres veces más que los nuestros, y nos lanzaron un asalto criminal. Cuatro me arrinconaron en un arbusto, me hicieron saltar el acero de las manos y me gritaban: ¡Ríndete! ¡Qué hacer?, pensaba yo; ¡éstos me hacen picadillos!

Mariscal. ¿Y qué hiciste?

Eilif. Me reí.

Mariscal. ¿Qué?

Eilif. Me reí. Y se entabló una conversación. En seguida empecé a regatear, y les dije que veinte florines eran demasiado para los bueyes, y que sólo les ofrecía quince, como si estuviese dispuesto a pagarlos. Se quedaron aturcidos y se rascaban las cabezas. Yo aprovecho, me agacho, y recojo mi acero, y los saco corriendo. En la miseria no hay mandamientos, ¿no es así?

Mariscal. ¿Qué te parece, pastor de almas?

Capellán. Considerándolo estrictamente, no hallamos tal proverbio en la Biblia. Pero Nuestro Señor hizo quinientos panes de cinco, y en ese instante no había miseria siquiera. Y en aquel entonces bien pudo exigir que se amase al prójimo, porque todos estaban hartos y satisfechos. Hoy día las cosas están muy distintas.

Mariscal. (*Ríe*) Muy distintas. Ahora sí recibes tu trago, fariseo. (*A Eilif*). Los sacaste corriendo, así me gusta, y de esa manera mis bravas tropas pueden llenar el buche con algo. ¿Acaso no dicen las Escrituras: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, lo hicisteis a mí"? ¿Y acaso no fue eso lo que tú les hiciste? Una buena comida les conseguiste, con carne de buey, porque no están acostumbrados al pan enmohecido. En otros tiempos se preparaban succulentos postres de pan blanco y vino, dentro de los morriones, y después de eso peleaban en pro de Dios.

Eilif. Así es, en seguida me agaché, recogí mi acero y los saqué corriendo.

Mariscal. Tienes la pasta de un joven César. Tendrías que ver al rey.

Eilif. Lo he visto de lejos. Tiene algo así como un brillo. Le quiero tomar por ejemplo.

Mariscal. Algo de él ya tienes. Aprecio a un soldado como tú, Eilif, a un valiente. Y le trato como a mi propio hijo. (*Le conduce frente a un mapa*). Mira la situación, Eilif. Falta mucho todavía.

Madre Coraje. *(Que ha estado escuchando y sigue desplumando, airada, su capón).* Mal Mariscal es ése.

Cocinero. Comilón será, pero malo, ¿por qué?

Madre Coraje. Porque necesita soldados valientes, por eso. Si supiese hacer un plan de campaña bueno, ¿para qué necesitaría soldados valientes? Bastarían los comunes. De por sí es prueba de que algo va mal, si en algún lugar se encuentran tantas virtudes juntas.

Cocinero. Yo creo que eso es prueba de que todo va bien.

Madre Coraje. ¡No! Que va mal. Como que si un Mariscal o un Rey son muy sandios y llevan a sus tropas a la mierda, entonces las tropas necesitan coraje para morir, y eso también es una virtud. Y si son muy tacaños y no enganchan suficiente cantidad de soldados, entonces tienen que ser puros Hércules. Y si son unos tarambas y les importa un pepino de todo, entonces los soldados tienen que ser astutos como las culebras o si no, están listos. Y del mismo modo han menester de lealtad descomunal cuando se les exige demasiado. Puras virtudes, que un país próspero y un Rey o un Mariscal eficientes no necesitan. En un país próspero no hay necesidad de virtudes, todos pueden ser más o menos mediocres, medio inteligentes, y hasta cobardes.

Mariscal. Apuesto a que tu padre fue soldado.

Eilif. Un gran soldado, me han dicho. Por eso mi madre me previno. Sobre eso sé una canción.

Mariscal. ¡Cántala! *(Grita estentóreamente).* ¡Para hoy esa comida!

Eilif. Se llama "La Canción de la mujer y del soldado" *(La canta, bailando una danza guerrera con su sable).*

Pum-pum hace el rifle, y la daga tris-tras.

y al vadear te devoran las aguas.

¿Contra el hielo vas a ir? ¡Es locura, verás!

La mujer al soldado le hablaba.

Pero el soldado, con la carabina,

oía el tambor y a su son se reía:
¿acaso la marcha me daña?
Bajar hacia el Sur, subir hacia el Norte,
y la daga, al vuelo, con las manos coge.
Así a la mujer contestaba.
¡Ay, triste escarmienta quien no oye al sensato
y rechaza consejos de anciana!
¡Ay, no tanta audacia! ¡El sino es ingrato!
La mujer al soldado le hablaba.
Pero el soldado la daga ciñóse,
ríole a la cara y al vado adentróse:
¿acaso las aguas le dañan?
Si blanca la luna ilumina los techos,
volvemos: ¡agrégalo en tanto a tus rezos!
Así a la mujer contestaba.

Madre Coraje. *(Continúa, desde la cocina, la canción, golpeando una olla con la cuchara):*

¡Cual el humo te irás!
¡Y contigo el calor, pues calor no nos dan tus hazañas!
¡Ay, cuán pronto se esfuma! ¡Dios téngale amor!
La mujer del soldado así hablaba.

Eilif. ¿Qué es esto?

Madre Coraje. *(Sigue cantando):*

Y así, con la daga ceñida, el soldado
a chuzazos cayó y arrastró el vado,
y, al vadear, le devoraron las aguas.
Blanca y fría la luna ilumina los techos,
mas él, aguas abajo, se debate en el hielo.
¿Y qué a la mujer contestaba?
Cual el humo se fue, y con él el calor,
pues no dieron calor sus hazañas.

¡Ay triste escarmienta quien al cuerdo no oyó!
La mujer al soldado le hablaba.

Mariscal. ¡Parece que hoy están de gran jarana en mi cocina!

Eilif. (*Ha ido a la cocina. Abraza a su madre*). ¡Haberte encontrado otra vez! ¿Dónde están los demás?

Madre Coraje. (*En sus brazos*). Todos bien, como el pez en las aguas. El Requesón es pagador del Segundo. Al menos no entrará en batalla. Del todo no pude retenerlo.

Eilif. Y el calzado, ¿qué tal?

Madre Coraje. Mañana volveré a ejercitar el mío.

Mariscal. (*Se ha acercado*). Conque tú eres la madre. Espero que tengas más hijos como éste para mí.

Eilif. No es poca dicha la mía: estás sentada ahí, en la cocina y oyes cómo elogian a tu hijo.

Madre Coraje. Sí, lo he oído. (*Le da un bofetón*).

Eilif. (*Restregándose la mejilla*). ¿Porque me robé los bueyes?

Madre Coraje. ¡No! ¡Porque no te rendiste cuando los cuatro estaban encima de ti y querían hacerte picadillo! ¿No te enseñé que te cuidarás? ¡Demonio finés!

(*El Mariscal y el Capellán están en la puerta, riéndose*).

III

Pasados otros tres años. Madre Coraje cae prisionera, junto a una parte de un regimiento finés. Logra salvar a su hija, así como su carreta, pero muere su hijo probo. La acción se desarrolla en el campamento de milicia. Tarde. De una viga cuelga la bandera del regimiento. Desde un gran cañón hasta su carreta —ricamente cargada con toda clase de mercancías—, MADRE CORAJE ha tendido una soga para colgar la ropa. Ella misma y su hija CATALINA están sobre el cañón, plegándola. Al mismo tiempo regatea con un INTENDENTE por un saco de balas. REQUESÓN vestido ahora con uniforme de pagador, los mira. IVETTE POTTIER, una linda personita, cose un sombrero multicolor. Delante de ella hay un vaso de aguardiente. Lleva medias, y sus zapatos rojos, de tacón alto, están a su lado.

Intendente. Por dos florines le dejo las balas. Es barato. Es barato y yo necesito la plata, porque el Coronel está bebiendo hace dos días con sus oficiales y se le acabó el licor.

Madre Coraje. Esto es munición de la tropa. Si me la encuentran encima, voy derecho al tribunal militar. Estáis vendiendo las balas, canallas, y después la tropa no tiene que tirar al enemigo.

Intendente. No sea despiadada; una mano lava la otra.

Madre Coraje. No compro pertrechos del ejército. Al menos, no los compro a ese precio.

Intendente. Esta misma noche lo puede vender discretamente al Artillero del cuarto regimiento. Le da cinco, le da ocho florines, siempre que usted le dé un recibo por doce. Él ya no tiene ninguna clase de munición.

Madre Coraje. ¿Y por qué no lo hace usted?

Intendente. Porque no le tengo confianza: somos amigos.

Madre Coraje. (*Coge el saco*). Dámelo. (*A Catalina*). Llévalo para atrás y págale florín y medio. (*Viendo que el Intendente protesta*). Florín y medio he dicho. (*Catalina arrastra la bolsa detrás de la carreta; el Intendente la sigue*). (*A su hijo Requesón*). Ahí te devuelvo tus calzoncillos; cuídalos bien: ya estamos en octubre y pronto puede que sea otoño. Adrede he dicho "puede" y no que "va a ser", porque he aprendido que no hay nada que tenga que ser, ni siquiera las estaciones del año. Lo que no debe cambiar es tu caja de regimiento, pase lo que pase. ¿Está en orden tu caja?

Requesón. Sí, madre.

Madre Coraje. No te olvides que te nombraron pagador, porque eres probo y no temerario como tu hermano y, sobre todo, porque eres sencillote y no se te ocurrirá siquiera el escaparte con ella. Tú no lo harás. Eso me tranquiliza. Y no vayas a perder el calzoncillo.

Requesón. No, madre, lo pongo debajo del colchón. (*Quiere irse*).

Intendente. Me voy contigo, Pagador.

Madre Coraje. ¡Y no le vaya a enseñar sus mañas!

(*Sin saludar el oficial Intendente se va con Requesón*).

Ivette. (Saludándole con la mano) ¡Podrías saludar, Intendente!

Madre Coraje. (*A Ivette*). No me gusta verlos juntos. Es mala compañía para mi Requesón. Pero lo que es la guerra, no está resultando mala. Hasta que se hayan metido todos los países, puede durar sus buenos cuatro o cinco años. Con un poco de visión y nada de imprudencia hago mis buenos negocios. ¿No sabes que no debes beber por la mañana, con tu enfermedad?

Ivette. ¿Quién dijo que yo estoy enferma? ¡Eso es calumnia!

Madre Coraje. Lo dicen todos.

Ivette. Y todos mienten. Ando toda desesperada, Madre Coraje, porque todos me esquivan como a pescado podrido, por culpa de esas mentiras. ¡Para qué estoy arreglando mi sombrero! (*Lo arroja de sí*). Por eso bebo por la mañana; antes nunca lo hacía, porque produce arrugas; pero ahora todo me da lo mismo. En el Segundo Finés me conocen todos. Más me valiera haberme quedado en casa, cuando me traicionó el primero que tuve. El orgullo no ha sido hecho para nosotras; hay que saber tragar porque-rías; si no, nos vamos cuesta abajo.

Madre Coraje. Bueno, a ver si no empiezas de nuevo a contar la historia de tu Pieter y de cómo sucedió todo, en presencia de mi hija doncella.

Ivette. ¡Que lo oiga no más, que lo oiga, para que aprenda a rechazar el amor!

Madre Coraje. Ninguna lo aprende.

Ivette. Entonces lo cuento para aliviarme. Empieza con que me crié en la hermosa tierra de Flandes; de no haber sido así, jamás le hubiese conocido y no estaría ahora aquí, en Polonia, porque él era un cocinero de campaña, rubio, un holandés, pero delgado. Cuídate de los flacos, Catalina; pero en aquel entonces yo no lo sabía, y tampoco sabía que ya tenía a otra y que, de por sí, le llamaban Pieter el de la pipa, porque, al hacerlo, no sacaba la pipa de la boca, tan corriente le resultaba.

(*Canta la Canción de la fraternización*):

Diecisiete yo contaba,
cuando entró el invasor.
Pronto sus sables guardó:
me tendió su mano franca.

Pues, después de la oración,
la noche de abril llegó.
El regimiento acuartelado
tamborileaba cual es de uso;

se nos llevó tras un arbusto
y allí fraternizamos.

Muchos invasores fueron,
cocinero el mío fue.
Yo, de día, bien le odié.
De noche le amaba, empero.

Pues, después de la oración,
llega la noche de amor.
El regimiento acuartelado
tamborileaba cual es de uso:
me lleva él tras un arbusto
y allí fraternizamos.

El amor que yo sentía
era un poder celestial.
Mi gente no comprendía
lo de amar en vez de odiar.

Pues, un día a la oración,
mi tormento comenzó.
El regimiento acuartelado
tamborileaba cual es de uso:
mi amor y los demás intrusos
de allí se han marchado.

Y para mi desgracia le seguí y nunca volví a encontrarle, ya ha-
ce de ello cinco años.
(*Vase, tambaleando, detrás de la carreta*).

Madre Coraje. Te olvidas tu sombrero.

Ivette. Que se quede con él quien quiera.

Madre Coraje. Tómalo pues, como lección, Catalina. No te me-
tas nunca con la soldadesca. El amor es un poder celestial, te lo
advierto. Hasta con aquellos que no son del ejército resulta una

cruz. Te dicen que besarían el suelo donde posaste los pies —a propósito: ¿te los lavaste ayer?— y después te convierten en su criada. Feliz tú, que eres muda; por lo menos no te contradices nunca, y nunca te vendrán ganas de morderte la lengua por haber dicho la verdad. Es un regalo de Dios eso de ser muda. Pero ahí viene el cocinero del Mariscal: ¿qué querrá ése?

(Vienen el Cocinero y el Capellán).

Capellán. Le traigo un mensaje de su hijo, de Eilif, y el cocinero vino conmigo: parece que usted le impresionó bien.

Cocinero. Sólo vine para respirar una bocanada de aire.

Madre Coraje. Eso podrá hacerlo aquí cuando quiera, siempre que se comporte debidamente. Y entre paréntesis: sé cómo arreglármelas con vosotros. ¿Qué quiere, pues? Plata no tengo.

Capellán. En rigor de verdad, tengo un encargo para el hermano, para el señor Oficial Pagador.

Madre Coraje. Aquí no está, y tampoco está en otro lado. Eilif no ha de ser el pagador de su hermano. Que no le meta en tentación y no se haga el astuto con él. *(Le da dinero de su bolso).* Déle eso: es un pecado especular con el amor materno; vergüenza debiera darle.

Cocinero. No tardará mucho y se pondrá en marcha con el regimiento, y quién sabe si no va a la muerte. ¿Por qué no le da un poco más, que después se arrepentirá de no haberlo hecho? Así sois las mujeres: duras, pero después os arrepentís. Una copita de aguardiente no hubiese significado nada en aquel entonces, pero no fue dada; y quién sabe si después no estará bajo tierra y, por más que andéis escarbándola, no le haréis volver.

Capellán. No se entenezca, Cocinero. Caer en esta guerra es una gracia y no un inconveniente. ¿Por qué? Porque es una guerra de la religión. No es una guerra vulgar, sino una especial, que se lleva a cabo por la religión y, por lo tanto, es grata a Dios.

Cocinero. Así es. Por un lado es una guerra en que se extorsiona, se saquea y se acuchilla —amén de violar un poquillo—: pero se distingue de todas las demás guerras por ser una guerra de religión. Eso es claro. Mas también produce sed, no podrá menos que reconocerlo.

Capellán. *(A la Madre Coraje, señalando al Cocinero).* He tratado de disuadirlo; pero dice que usted se le metió en la cabeza, que sueña con usted.

Cocinero. *(Enciende una pipa corta).* No exijo nada malo, tan sólo una copita de aguardiente servida por mano hermosa. Y ya tengo bastante castigo con haber andado el camino al lado del capellán, que me hacía unos chistes como para ponerme rojo de vergüenza.

Madre Coraje. ¡Y pensar que viste hábito! Os tendré que dar de beber; si no, sois capaces de hacerme una proposición indecente, de puro aburridos.

Capellán. He allí la tentación, dijo el predicador de la corte, y fue preso de ella. *(Yendo con Madre Coraje, se da vuelta para mirar a Catalina).* ¿Y quién es esta seductora personita?

Madre Coraje. No es ninguna personita, sino persona decente.

(El Capellán y el Cocinero siguen a Madre Coraje y desaparecen detrás de la carreta. Catalina les sigue con la mirada y, dejando la ropa, se acerca al sombrero. Lo levanta y se lo pone, calzándose también los zapatos rojos. De atrás se oye a Madre Coraje, politiqueando con el Capellán y el Cocinero).

Madre Coraje. Mejor habría sido que los de aquí, en Polonia, no se hubiesen entrometido. Verdad es que nuestro rey los invadió con hombres, caballos y cañones; pero en lugar de mantener la paz, los polacos se entrometieron en sus propios asuntos y atacaron al rey, cuando estaba invadiendo con toda tranquilidad. De esa manera se hicieron culpables de violación de la paz, y toda

la sangre cae sobre ellos.

Capellán. Nuestro rey sólo ansiaba la libertad. El Emperador los tenía sojuzgados a todos, a los polacos tanto como a los alemanes, y nuestro rey tuvo que liberarlos.

Cocinero. A mí me parece —su aguardiente es de primera, ya me doy cuenta de que no me equivoqué al juzgarla por el aspecto—, pero ya que estamos hablando del rey, me parece que la libertad que quiso llevar a Alemania le salió muy cara al rey, puesto que tuvo que sancionar el impuesto a la sal en Suecia, lo que les salió muy caro a las pobres gentes, como he dicho, y encima hizo encarcelar y descuartizar a los alemanes, porque tenían apego a la esclavitud en que los tenía el Emperador. En efecto, cuando uno no quería ser libre, el rey se enojaba de veras. Primero sólo quiso proteger a Polonia de gente mala, y del Emperador; pero luego, con el comer le creció el apetito y ya quiso proteger a toda Alemania. Y se le opusieron con bastante bravura. De ese modo el buen rey no tuvo otra cosa en pago de su bondad que disgustos y gastos y éstos tuvo que cubrirlos con impuestos, lo cual, a su vez, produjo descontento; pero él no se intranquilizó por tan poca cosa. Lo que tiene en su favor es el Verbo de Dios y eso está muy bien. Porque de otro modo habrían dicho que lo hace para sí mismo y para luchar. Pero así siempre tuvo la conciencia limpia, y eso es lo más importante.

Madre Coraje. Se nota que usted no es sueco. Si lo fuese, hablaría de otro modo de nuestro heroico rey.

Capellán. Después de todo, usted come su pan.

Cocinero. Yo no lo como, yo se lo horneo.

Madre Coraje. Derrotado no puede ser, como que su gente cree en él. (*Con seriedad*). Si uno oye hablar a los grandes señores, parecería que sólo hacen las guerras por temor de Dios y por todo lo que es bueno y hermoso. Pero si uno se fija bien, resulta que no son tan necios, y que hacen la guerra por el beneficio propio. Y la gente pequeña como yo, tampoco se movería, si no fuese por eso.

Cocinero. Así es.

Capellán. Y usted, como holandés, haría bien en mirar qué bandera es esta, antes de emitir opiniones en Polonia.

Madre Coraje. Aquí somos buenos evangélicos, siempre. ¡Salud!

(Catalina se está paseando, ostentando el sombrero de Ivette e imitando su manera de andar. Óyense de pronto retumbar cañones y sonar disparos. Redoblan tambores. Madre Coraje, el Cocinero y el Capellán salen corriendo detrás de la carreta, los dos últimos con sendas copas en las manos. El Intendente viene a toda prisa, seguido de un soldado, y ambos empujan el cañón, tratando de llevárselo). ¿Qué pasa? ¡Primero tengo que sacar mi ropa, canalla! (Trata de poner a salvo su ropa).

Intendente. ¡Los católicos! ¡Un asalto! No sabemos si vamos a poder escapar. *(Al soldado).* Llévate tú la pieza. *(Él se escapa).*

Cocinero. ¡Dios mío, tengo que ir con mi Mariscal! Otro día vendré, Coraje, y seguiremos la conversación. *(Sale corriendo).*

Madre Coraje. ¡Oiga, se olvida su pipa!

Cocinero. *(De lejos).* ¡Guárdemela! La necesito.

Capellán. Bien, yo también me voy. Claro que si el enemigo está tan cerca... podría resultar peligroso. Bienaventurados los pacíficos, se dice en la guerra. Si al menos tuviese una capa...

Madre Coraje. Yo no alquilo capas, ni aunque me cueste la vida. He tenido malas experiencias.

Capellán. Pero yo estoy en peligro especial, debido a mi religión.

Madre Coraje. *(Le busca una capa).* Lo hago contra mi conciencia. Váyase pues.

Capellán. Muchas gracias, es un gesto noble de su parte. Pero

prefiero quedarme sentado aquí. Podría despertar sospechas y atraer al enemigo sobre mí si me ven corriendo.

Madre Coraje. *(Al soldado).* Déjalo donde está, ¿quién te lo ha de pagar? Yo te lo guardo, y a ti te cuesta la vida.

Soldado. *(Escapándose).* Usted puede atestiguar que lo intenté.

Madre Coraje. Lo juro. *(Ve a su hija con el sombrero).* ¿Qué haces con ese sombrero de puta? ¿Quieres sacarte enseguida ese trapo, o te has vuelto loca? ¿Ahora, cuando viene el enemigo? *(Le arranca el sombrero de la cabeza).* ¿Quieres que te descubran y que te vuelvan puta? ¡Y también se ha puesto los zapatos esta babilónica! ¡Fuera esos zapatos! *(Quiere quitárselos).* ¡Jesús, ayúdeme, señor Capellán, para que se quite los zapatos!

(Corre hacia la carreta).

Ivette. *(Viene empolvándose).* ¿Qué dicen, que vienen los católicos? ¿Dónde está mi sombrero? ¿Quién me lo anduvo pisoteando? No puedo andar vestida así, cuando vengan los católicos. ¿Qué pensarán de mí? Tampoco tengo espejo. *(Al Capellán).* ¿Qué tal estoy? ¿Demasiado polvo?

Capellán. Así está perfectamente.

Ivette. ¿Y dónde están los zapatos rojos? *(No los encuentra, porque Catalina oculta los pies debajo de la falda).* Los he dejado aquí. ¡Tengo que irme descalza a mi tienda! ¡Qué vergüenza!

(Vase, viene corriendo Requesón, llevando una arquilla pequeña).

Madre Coraje. *(Vuelve con las manos llenas de cenizas).* *(A Catalina).* Aquí hay cenizas. *(A Requesón).* ¿Qué llevas ahí?

Requesón. La caja del regimiento.

Madre Coraje. ¡Tírala! Se acabaron las pagas!

Requesón. ¡Me ha sido confiada! (*Vase para atrás*).

Madre Coraje. Quítate el hábito, Capellán, que si no, te reconocen a pesar de la capa. (*Embaldurna la cara de Catalina con las cenizas*). ¡Quieta! Así, un poquito de mugre y estás a salvo. ¡Qué desgracia! Los centinelas del campamento estaban borrachos. Se ha dicho que hay que ser humilde con los dones que una tiene. Juntad un soldado, sobre todo si es católico, con una cara limpia, y ya tenemos una puta más. Durante semanas no les dan de tragar, y si después consiguen algo por medio del pillaje, en seguida caen sobre las mujeres. Bueno, ya está. Deja que te mire. No está mal. Como si te hubieses revolcado en roña. No tiembles. Así no te puede pasar nada. (*A Requesón*). ¿Dónde está la caja?

Requesón. Creí que lo mejor sería dejarla en tu carreta.

Madre Coraje. (*Espantada*) ¿Qué? ¿En mi carreta? ¡Es una estupidez que ofende a los cielos! ¡Apenas se aparta una! ¡Nos cuelgan a los tres!

Requesón. Entonces la escondo en otra parte o me escapo con ella.

Capellán. (*Desde el fondo, a medio desvestir*). ¡Dios Santo, la bandera!

Madre Coraje. (*Baja la bandera del regimiento*). Clérigo cobarde! Ni me fijé. Hace veinticinco años que la tengo.

(*El rugir de los cañones se hace más fuerte*).



De mañana, tres días después. El cañón ha sido sacado. Madre Coraje, Catalina, el Capellán y Requesón están sentados juntos, comiendo acongojados.

Requesón. Ya es éste el tercer día que estoy holgazaneando aquí, y el señor sargento que siempre ha condescendido conmigo, empezará a preguntarse: ¿dónde andará el Requesón con la arquilla de las soldadas?

Madre Coraje. Conténtate con que no te hayan agarrado.

Capellán. ¿Y qué he de decir yo? Yo tampoco puedo oficiar aquí. Si lo hiciera, ¡pobre de mí! Dicen que el que tiene el corazón lleno se le desborda por la boca, pero, ¡ay, si se me llegase a desbordar a mí!

Madre Coraje. Así es. Tengo sentados aquí a dos: uno tiene una religión y el otro una caja. No sé cuál de las dos cosas es más peligrosa.

Capellán. Lo que pasa es que ahora estamos en las manos de Dios.

Madre Coraje. No creo que estemos perdidos ya, pero no por eso logro dormir de noche. Si no estuvieses tú, Requesón, nos sería más fácil. Yo creo habérmelas arreglado ya. Les he dicho que estoy en contra del Anticristo, del Sueco, aquel que tiene cuernos en la cabeza; que yo se los he visto y que el izquierdo está un poco rayado. En medio de la interrogación les pregunté en dónde podría conseguir cirios a un precio decente. Supe decirlo con mucha naturalidad, porque el padre de Requesón era católico y más de una vez me hacía algún chiste sobre eso. No me lo creyeron del todo, pero como no tienen cantineras con el regimiento, lo dejaron pasar por verdad. En una de éstas, hasta puede resultarnos beneficioso. Somos prisioneros, pero estamos como el piojo dentro de la piel.

Capellán. La leche es buena. En lo que se refiere a las cantidades, tendremos que moderar nuestro apetito sueco. Después de todo somos los derrotados.

Madre Coraje. ¿Quiénes son los derrotados? Porque no siempre caen juntas las victorias y las derrotas de los grandes señores, allí arriba, con las de la gente común de aquí abajo. De ninguna manera. Hasta hay casos en que las derrotas son beneficiosas para los de abajo. Se ha perdido el honor, pero nada más que eso. Me acuerdo que una vez, por tierras lituanas, nuestro Mariscal recibió una paliza tal del enemigo que, en la confusión, llegó a mis manos un tordillo del bagaje, que me estuvo tirando del carro durante siete meses, hasta que después vencimos y hubo revisión. En general, se puede decir que a nosotros la gente común nos resultan bastante costosas tanto la victoria como la derrota. Para nosotros lo mejor es que la política se quede medio estancada. (*A Requesón*). ¡Come!

Requesón. No tengo ganas. ¿Cómo se arreglará el Sargento para pagar la soldada?

Madre Coraje. En la retirada no se paga soldada alguna.

Requesón. Sí, se paga, porque les corresponde. Sin soldada no tienen por qué huir. Ni un paso tienen que dar.

Madre Coraje. Requesón, tus escrúpulos llegan a espantarme. Te he enseñado a ser probo, porque no eres avisgado, pero debe haber un límite. Me voy ahora con el capellán a comprar una bandera católica y carne. No hay quien pueda elegir la carne como él, con esa seguridad que parece de sonámbulo. Me parece que nota la bondad en un trozo de carne porque se le hace agua la boca. Menos mal que me permiten andar cambalacheando. Un mercachifle no pregunta por la religión, y sí, en cambio, por el precio. Y un par de calzones protestantes, aunque sean tales, no por eso dejan de abrigar.

Capellán. Es como dijo el monje mendicante cuando se le contó que los luteranos iban a poner todo cabeza abajo en campos y ciudades: "Mendigos siempre harán falta". (*Madre Coraje desparece en la carreta*). Se preocupa por la arquilla. Hasta ahora no hemos llamado la atención, como si perteneciésemos todos a la misma carreta, ¿más por cuánto tiempo será?

Requesón. Puedo llevarla a otro lado.

Capellán. Eso casi es más peligroso. ¡Si te viese alguien! Tienen soplonos. Ayer por la mañana se me apareció uno, saliendo de la zanja, mientras yo estaba haciendo mis necesidades. Me asusté y apenas pude contener un... rezo. Y eso me hubiese traicionado. Creo que hasta husmearían los excrementos para colegir por el olor si uno es protestante. El soplón era un canalla bajito, con una venda en un ojo.

Madre Coraje. (*Bajando, con una cesta, de la carreta*). ¿Qué es lo que encontré, mujerzuela desvergonzada? (*Levanta triunfalmente los zapatos rojos*). ¡Los rojos zapatos de tacón de la Ivette! ¡Con toda sangre fría se los birló! ¡Porque usted le metió en la cabeza que es una persona atractiva! (*Los coloca en la cesta*). ¡Yo se los devuelvo! ¡Robarle los zapatos a la Ivette! Esa se arruina por dinero, lo que comprendo. Pero tú quieres hacerlo de balde, para divertirme. Siempre te he dicho que esperes hasta que haya paz. ¡Todo menos un soldado! Espera hasta que se haga la paz.

Capellán. No creo que sea coqueta.

Madre Coraje. Por poco que sea, siempre es demasiado. Lo mejor sería que fuese como una piedra en Dalarme, donde no hay otra cosa, y que la gente dijese de ella: a esa achaparrada ni se la nota. Mientras sea así, no le pasará nada. (*A Requesón*). Y tú dejas esa arquilla donde está, ¿me oyes? Cuida a tu hermana, que bien lo necesita. Me sacaréis canas verdes aún. Mejor sería cuidar un saco lleno de pulgas.

(*Vase con el Capellán. Catalina quita la vajilla*).

Requesón. Ya no serán muchos los días en que se podrá estar sentado al sol, en mangas de camisa. (*Catalina señala un árbol*). Sí, las hojas ya están amarillas. (*Catalina le pregunta con gestos si desea beber*). No bebo. Estoy pensando. (*Pausa*). Dice que no duerme. Tendré que llevarme la arquilla. Ya le encontré un escondrijo. Sí, tráeme un vaso. (*Catalina desaparece detrás de la*

carreta). La guardo en la topera junto al río, hasta que pueda ir a buscarla. Quizá vaya esta misma noche, alrededor de la madrugada, y la lleve al regimiento. Después de todo, ¿cuán lejos pueden haber huido en tres días? ¡Y el señor Sargento pondrá una cara! Me has sorprendido agradablemente, Requesón, dirá. Te confío la caja y tú me la traes de vuelta.

(Cuando Catalina vuelve de la carreta, con una copa llena, se encuentra ante dos hombres. El primero es un Sargento, el segundo se saca el sombrero ante ella. Lleva una venda sobre un ojo).

El de la venda. ¡Dios la salute, estimada señorita! ¿No ha visto por aquí a uno que es del cuartel del Segundo Finés?

(Catalina corre hacia delante, muy asustada, derramando el aguardiente. Los hombres se miran y retroceden, después de haber visto a Requesón, sentado).

Requesón. *(Vuelve en sí de sus meditaciones).* Has derramado la mitad. ¿Qué clases de piruetas haces? ¿Te has golpeado un ojo? No te comprendo. También tengo que irme, me he decidido, es lo mejor. *(Se levanta. Ella intenta todo para hacerle notar el peligro. El sólo la rechaza).* Quisiera saber qué es lo que quieres decir. Seguramente tienes buenas intenciones, pobre animal, pero no puedes expresarte. ¡Qué importa si derramaste el aguardiente! Aún he de beber más de un vaso, y uno menos no importa. *(Saca de la carreta la arquilla y la cubre con su chaqueta).* Bien sé que tienes buenas intenciones. ¡Ojalá pudieses hablar!

(Como ella le quiere retener, él la besa y se desprende de ella. Se va. Ella está desesperada, viene y va corriendo, articulando leves sonidos. Vuelven el Capellán y Madre Coraje. Catalina

asedia a su madre).

Madre Coraje. ¿Qué hay? ¿Qué hay? Si estás toda descompuesta. ¿Alguien te hizo algo? ¿Dónde está Requesón? Cuéntamelo bien, Catalina. Tu madre te comprende. ¿Que el bastardo se llevó no más la arquilla? Se la tiraré por la cabeza al disimulado. Tómate el tiempo necesario, y no charles, habla con las manos; no me gusta que estés aullando como un perro, ¿qué ha de pensar el Capellán? ¿No ves que le dan escalofríos? ¿Un tuerto estuvo por aquí?

Capellán. Es un soplón ese tuerto. ¿Cogieron al Requesón? (*Catalina sacude la cabeza, se encoge de hombros*). Estamos perdidos.

Madre Coraje. (*Saca de la cesta una bandera católica, que el Capellán anuda al mástil*). ¡Ice la bandera nueva!

Capellán. (*Amargamente*). Aquí somos buenos católicos, siempre.

(Atrás óyense voces. Los hombres traen a Requesón).

Requesón. Soltadme, no llevo nada encima. No me retuerzas el hombro, soy inocente.

Sargento. Aquí es donde vives. Vosotros sois conocidos.

Madre Coraje. ¿Nosotros? ¿De dónde?

Requesón. No los conozco. Quién sabe qué clase de gente es. No tengo nada que ver con ellos. He comprado un almuerzo aquí; diez dineros me costó. Puede que me hayáis visto sentado por aquí. Demasiada sal también le pusieron.

Sargento. ¿Quiénes sois vosotros, eh?

Madre Coraje. Gente decente. Es verdad: compró una comida aquí. Le pareció demasiado salada.

Sargento. ¿Nos queréis hacer creer que no os conocéis?

Madre Coraje. ¿Cómo le he de conocer? No conozco a todo el mundo. No pregunto a nadie cómo se llama ni si es un hereje. Si paga, no es hereje. ¿Eres un hereje?

Requesón. En absoluto.

Capellán. Estuvo sentado por ahí lo más decentemente, y no abrió la boca para nada. Excepto para comer, y entonces no podría menos que abrirla.

Sargento. ¿Y quién eres tú?

Madre Coraje. Es mi mozo tabernero, nada más. Y vosotros seguramente estáis sedientos. Os traeré un vaso de aguardiente; seguramente habéis corrido y estáis sofocados.

Sargento. Nada de aguardiente, estando de servicio. (*A Requesón*). Tú te llevaste algo. Debes haberlo escondido junto al río. Tenías la chaqueta abultada cuando te fuiste de aquí.

Madre Coraje. ¿Están seguros que era ése?

Requesón. Me parece que habláis de otro. Yo he visto saltar a uno, que tenía la chaqueta abultada. Yo soy otro.

Madre Coraje. También lo creo. Es un malentendido. Eso suele pasar. Conozco a las gentes; soy la Coraje —habréis oído de mí—: a mí todo el mundo me conoce, y os digo que éste tiene cara decente.

Sargento. Estamos corriendo detrás de la caja de regimiento del Segundo Finés. Y sabemos qué cara tiene el que la guarda. Hace dos días que lo andamos buscando. Es ése.

Requesón. No lo soy.

Sargento. Si no la entregas estás perdido; lo sabes, ¿no? ¿Dónde está?

Madre Coraje. (*Insistente*) Él la entregaría, sabiendo que está perdido. En el acto diría: la tengo allí, aquí está, sois más fuertes que yo. No es tan tonto. Habla, pues, bestia estúpida; el señor Sargento te da un asidero.

Requesón. Pero yo no la tengo.

Sargento. Vente, pues, con nosotros. No tardaremos en saberlo.

Madre Coraje. (*Grita tras ellos*). ¡Él lo diría! ¡no es tan tonto!
¡Y no le retorzáis el hombro! (*Corre tras ellos*)

• • • • •

Al anochecer del mismo día. El Capellán y la muda Catalina lavan copas y limpian cuchillos.

Capellán. Casos como éste, en que agarran a uno, no son desconocidos en la historia religiosa. Recuerdo la Pasión de nuestro Señor y Redentor. Hay una vieja canción sobre eso.

(*Canta la Canción de las horas*):

Temprano al nacer el día,
humilde, al Señor llevaron,
igual que a un asesino,
frente a Pilato, el pagano.

Quien le encontró sin culpa
alguna de muerte, inocente,
y por eso le mandó,
del rey Herodes, enfrente.

A las tres lo azotaron
al Hijo de Dios, y hundieron
en su frente las espinas
de una corona que hicieron.

Vestido con sorna y befa,
allí mismo le golpeaban,
y a la cruz para su muerte

él mismo hubo de llevarla.

A las seis, desnudo y pobre,
en la cruz se le clavó,
en la que vertió su sangre,
rezando con gran dolor.

Los mirones se reían,
también los crucificados
hasta que el Sol retiró,
de aquellas cosas, sus rayos.

Gritó Jesús a las nueve,
de su abandono dolióse.
Hiel amarga con vinagres,
luego, en la boca, goteóle.

Expiró su mente entonces,
y tembló la tierra toda.
Se rasgó el telón del Templo.
Se rajó más de una roca.

Y a la tarde se quebró,
a los ladrones los huesos.
Y a Jesús, con un chuzazo,
un costado le abrieron.

De do salió sangre y agua;
hiciéronlo por escarnio.
De aquella manera al Hijo
del Hombre nos han tratado.

Madre Coraje. (*Viene toda alterada*). Se juega la vida o la muerte. Pero dicen que con el Sargento puede hablarse. Sólo que no debemos revelar que se trata de nuestro Requesón, porque si no dirán que lo hemos encubierto. Todo es cuestión de dinero. ¿Pero de dónde sacamos el dinero? ¿No estuvo Ivette por aquí?

La encontré en el camino; ya se pescó a un coronel; quizás él le compre una vivandería.

Capellán. ¿De veras quiere vender?

Madre Coraje. ¿De dónde sacaré el dinero para el Sargento?

Capellán. ¿Y de qué va a vivir?

Madre Coraje. Ahí está el problema.

(Vienen Ivette Pottier y un Coronel viejísimo).

Ivette. (Abrazando a Madre Coraje). ¡Querida Coraje, qué dicha encontrarnos de nuevo tan pronto! (*Murmura*). Él estaría dispuesto. (*En voz alta*). Este es mi buen amigo que me asesora en materia de negocios. Porque he oído casualmente que usted quiere vender su carreta, debido a circunstancias especiales. Yo tendría interés.

Madre Coraje. La empeñaría; venderla, no. No tanta prisa, que una carreta como ésta no vuelve a conseguirse así no más en tiempos de guerra.

Ivette. (*Desilusionada*). ¿Empeñar? Yo creí que la vendía. Entonces no sé si me interesa. (*Al Coronel*). ¿Qué te parece?

Madre Coraje. Solamente la empeño.

Ivette. Creí que necesitaba plata.

Madre Coraje. (*Con firmeza*). Necesito plata; pero prefiero caminar, hasta perder los callos, buscando otra oferta, y no venderla en seguida. Como que vivimos de la carreta. Es una oportunidad para ti; Ivette; quién sabe si encuentras otra así y si entonces tienes a un querido amigo que te asesore, ¿no es así?

Ivette. Sí, mi amigo dice que acepte pero yo no sé. Si sólo es empeñada... Tú también opinas que es mejor comprarla, ¿no?

Coronel. También lo opino.

Madre Coraje. Entonces búscate algo que se venda; quizá lo encuentres, si te tomas el tiempo necesario y sigues buscando con tu amigo, digamos durante una o dos semanas. Entonces podrías encontrar algo apropiado.

Ivette. Pues bien: entonces iremos a buscarlo; a mí me gusta andar por aquí y por allá buscando; a mí me gusta ir contigo, Leopoldito; es un gran placer, ¿no es así? ¡Aunque dure dos semanas! ¿Y cuándo piensa devolver la plata, si es que se la doy?

Madre Coraje. Puedo pagar en dos semanas, quizá en una.

Ivette. No puedo decidirme; Poldi, chéri, aconséjame tú. (*Lleva aparte al Coronel*). Sé que debe vender; en cuanto a eso no hay cuidado. Y el alférez, el rubio —tú lo conoces— me quiere prestar la plata de mil amores. Anda loco por mí; dice que le recuerdo a alguien. ¿Qué me aconsejas?

Coronel. Cuidado con ése; es un hombre malo. Se aprovecha. Te he dicho que yo te compro algo, ¿no es así, gatita?

Ivette. No puedo aceptarlo de ti. Claro que si crees que el alférez podría aprovecharse... lo aceptaría de ti, Poldi.

Coronel. Así me gusta.

Ivette. ¿Me lo aconsejas?

Coronel. Te lo aconsejo.

Ivette. (*Volviendo junto a la Coraje*). Mi amigo me lo aconseja. Fírmeme un recibo y que la carreta es mía con todos los enseres, pasadas las dos semanas. En seguida la revisamos, y los doscientos florines se los traigo después. (*Al Coronel*). Tendrás que volver solo al campamento; yo te sigo. Tengo que revisar todo, para que no falte nada en mi carreta. (*Le besa. El se va. Ella sube a la carreta*). ¡Qué pocas botas que tiene!

Madre Coraje. Ivette, ahora no es momento de revisar tu carreta, siendo así que es tuya. Me has prometido hablar con el Sargento en pro de mi Requesón y no hay minuto que perder. He oído que en una hora estará ante el Tribunal Militar.

Ivette. Déjame que recuento tan sólo las camisas de lienzo.

Madre Coraje. (*Tirándole de la falda hasta hacerla bajar*). ¡Fiera que eres, hiena, se juega la vida del Requesón! Y no vayas a decir ni una palabra sobre quién hizo la oferta; di que es tu amante, en nombre del Cielo, que si no, estamos perdidos todos por haberle encubierto.

Ivette. He citado al tuerto en el bosque. Seguramente ya se encuentra allí.

Capellán. Y que no sean los doscientos enteros sin más ni más; no ofrezca más que ciento cincuenta, que también eso será suficiente.

Madre Coraje. ¿Acaso es suyo el dinero? Le ruego no meterse en este asunto. Pierda cuidado, que no le ha de faltar su sopa de ajos. Corre y no te andes con regateos, que se juega la vida. (*Empuja a Ivette y ésta desaparece*).

Capellán. No quise entrometerme, pero ¿de qué vamos a vivir? Usted tiene una hija encima, incapaz de ganarse la vida.

Madre Coraje. Cuento con la caja del regimiento, sabihondo. Supongo que le concederán, al menos, los gastos.

Capellán. ¿Le parece que ella lo sabrá arreglar?

Madre Coraje. Tiene su interés en ello: quiere que yo me gaste sus doscientos a fin de quedarse ella con la carreta. Le tiene apetito, porque quién sabe cuánto tiempo podrá retener al Coronel. Catalina, limpia los cuchillos, toma piedra pómez. Y usted, no se esté ahí como Jesús en el Monte de los Olivos; muévase, haga algo, lave las copas. Esta noche vienen cincuenta de ligeros, por lo menos, y no tengo ninguna gana de escuchar, como de costumbre, lo de "No estoy acostumbrado a correr tanto. ¡Mis pobres pies!; cuando oficiaba, no corría". Creo que van a soltarle. A Dios gracias, son venales. Después de todo, no son lobos: son humanos y corren tras la plata. La venalidad en los hombres es lo mismo que la misericordia en Dios. La venalidad es nuestra última probabilidad. Mientras exista, habrá sentencias benignas, y hasta los inocentes podrán salvarse en el Tribunal.

Ivette. (*Viene jadeando*). Sólo quieren hacerlo por doscientos. Y

tiene que ser pronto. Dentro de poco ya no estará en manos de ellos. Lo mejor será que me vaya en seguida con el tuerto a lo de mi Coronel. Dicen que le pusieron las empulgueras, y que entonces confesó haber tenido la arquilla. Pero la tiró al agua, en cuanto notó que andaban tras él. La arquilla se perdió. ¿Quiere que vaya corriendo a lo de mi Coronel y busque la plata?

Madre Coraje. ¿Qué la arquilla se perdió? ¿Y cómo voy a recuperar mis doscientos?

Ivette. ¡Ah! ¿Usted quería sacarlos de la arquilla? ¡Linda manera de engatusarme por poco! No se haga ilusiones. Tendrá que soltar la plata si quiere salvar al Requesón. ¿O prefiere que deje todo el asunto para que usted pueda quedarse con su carreta?

Madre Coraje. Yo no contaba con eso. No insistas tanto, ya conseguirás tu carreta, ya te la abandono; más de dieciséis años la tuve. Pero déjame pensar un poquito; esto me cayó encima de repente. Con algo debo quedarme entre las manos; si no, cualquiera puede hundirme en la zanja. Ve y diles que quiero dar ciento veinte florines, y si no quieren, no hay caso. Con eso ya perdería la carreta.

Ivette. No lo van a hacer. Así como así, el tuerto siempre está de prisa y mirando en derredor de puro agitado. ¿No será mejor darles los doscientos enteros?

Madre Coraje. (Desesperada). No puedo darlos. Durante treinta años estuve trabajando. Y ésa ya tiene veinticinco, y todavía está sin marido. También debo cargar con ella. No insistas, que yo sé lo que hago. Diles que ciento veinte; y si no quieren, no hay caso.

Ivette. Usted sabrá.

(Vase precipitadamente. Madre Coraje no mira ni al Capellán ni a su hija, y se sienta para ayudar a Catalina en la limpieza de los cuchillos).

Madre Coraje. No me rompa las copas; ya no son nuestras. Mira lo que haces, que te vas a cortar. El Requesón va a volver y, si fuese necesario, también daré los doscientos. Ya te devolveré a tu hermano. Con ochenta florines cargamos un carrito de mercancías y empezamos de nuevo desde un principio. En todas partes se cuecen habas.

Capellán. El Señor lo dispondrá para bien, dicen las Escrituras.

Madre Coraje. Séquelas bien.

(Limpia en silencio los cuchillos. De pronto, Catalina corre sollozando a ocultarse detrás de la carreta).

Ivette. *(Viene corriendo).* No quieren hacerlo. Yo se lo advertí. El tuerto quiso irse en el acto, porque ya no tiene sentido. Dijo que de un momento a otro van a batir el tambor, y que entonces la sentencia está fallada. Les ofrecí ciento cincuenta. Ni siquiera se encogió de hombros. A duras penas logré que esperase hasta que yo vuelva, después de hablar con usted.

Madre Coraje. Dile que doy los doscientos. Corre. *(Ivette sale corriendo. Los tres permanecen sentados, en silencio. El Capellán ha dejado de limpiar las cosas).* Me va pareciendo que regateé demasiado tiempo.

(De lejos se oye el tambor. Se hace de noche. Calla el tambor. Sale el sol. Madre Coraje está sentada aún, inmóvil).

Ivette. *(Aparece muy pálida).* Por fin lo ha logrado usted con sus negociados, y también la carreta seguirá siendo suya. Once balas le han dado y nada más. Usted no merece que le demuestre alguna inclinación. Con todo he oído por ahí que ellos no creen que la arquilla esté de veras en el río. Sospechan que está aquí y que, de por sí, usted tuvo algo que ver con él. Quieren traerle para acá, a ver si usted se delata cuando le vea. Le advierto que

no le reconozca, porque si lo hace, estáis perdidos todos. Me están pisando los talones, mejor es que lo vaya sabiendo. ¿Quiere que me la lleve a Catalina? (*Madre Coraje sacude la cabeza*)
¿Lo sabe ella? Quizá no haya oído el tambor. O no lo haya comprendido.

Madre Coraje. Ella sabe. Tráela no más.

(Ivette busca a Catalina, que se dirige hacia su madre y se queda al lado de ella. Madre Coraje la toma de la mano. Llegan dos lansquenets, llevando unas angarillas, sobre las que yace algo, tapado con una sábana. Al lado marcha el Sargento. Colocan las angarillas en el suelo).

Sargento. Aquí hay uno, del cual no sabemos el nombre. Tenemos que anotarle, sin embargo, para que todo esté en orden. A ti te compró una comida. Mírale, a ver si le reconoces. (*Quita la sábana*). ¿Le reconoces? (*Madre Coraje sacude la cabeza*). ¿Qué, nunca le has visto, cuando te compró una comida? (*Madre Coraje sacude la cabeza*). Levantadle y tiradle sobre el muladar. No hay quien le conozca.

(Se lo llevan).

IV

Madre Coraje canta la Canción de la Gran Capitulación. La acción delante de una tienda de oficial. MADRE CORAJE está esperando. Un ESCRIBIENTE saca la cabeza de la tienda.

Escribiente. La conozco a usted. Usted tenía consigo a un Pagador de los evangélicos, a uno que se había escondido. Mejor es que no se queje.

Madre Coraje. Sí me quejaré. Soy inocente, y si lo tolero parecerá que tengo la conciencia negra. Me han roto a sablazos todo lo que tenía en la carreta. Y encima me exigieron cinco escudos de multa, no sé para qué.

Escribiente. Para su bien, le aconsejo no meta ruido. No tenemos muchas cantineras, y le dejamos el cambalache a usted, sobre todo si tiene la conciencia negra y de tanto en tanto paga una multa.

Madre Coraje. Yo me quejo.

Escribiente. Como quiera. Espere, pues, hasta que el señor Capitán tenga tiempo.

(Desaparece en la tienda).

Soldado joven. *(Llega alborotado).* ¡Por la Madona! ¿Dónde está ese perro maldito de Capitán, que me estafa la propina y se la bebe con sus hembras? ¡Voy a matarlo!

Soldado más viejo. *(Le sigue corriendo).* ¡Cállate o vas derecho al cepo!

Soldado joven. ¡Sal fuera ladrón! ¡Te voy a hacer picadillo! ¡Es-

tafarme la recompensa, cuando fui el único del escuadrón que pasó a nado el río, y ahora no puedo comprarme ni una cerveza! ¡Que no me vengan a mí con esas! ¡Fuera, para que te haga pedazos!

Soldado más viejo. ¡Jesús María, está marchando hacia su propia perdición!

Madre Coraje. ¿No le dieron la propina?

Soldado joven. Suéltame o también te bajo de un golpe. Estando de faena me da lo mismo.

Soldado más viejo. Salvó el caballo del Coronel y no le dieron propina. Todavía es joven, y hace poco que está en el baile.

Madre Coraje. Suéltale; no es un perro, como para tenerlo encadenado. Exigir propina es algo muy razonable. Si no, ¿para qué se distingue uno?

Soldado joven. Y está dentro, emborrachándose. Sois unos cagones, nada más. Yo he hecho algo especial y quiero mi propina.

Madre Coraje. Jovencito, no me grite de esa manera. Tengo mis propios pesares, y, además conviene que cuide su voz; bien tendrá menester de ella cuando salga el Capitán. Después está aquí, y usted está ronco y no es capaz de pronunciar una letra, y él ni siquiera tendrá motivo de mandarle al cepo y hacerle ennegrecer allí. Los que gritan como usted se cansan pronto. No pasa media hora y hay que cantar para adormecerles, tan fatigados están.

Soldado joven. Yo no estoy fatigado, y aquí no se trata de dormir a nadie. Hambre es lo que tengo. El pan lo amasan con harina de bellotas y de semilla de cáñamo, y encima lo sisan. Ese ahí dentro está putañeando con mi propina y yo tengo hambre. ¡Yo lo mato!

Madre Coraje. Comprendo, usted tiene hambre. El año pasado vuestro Capitán os mandó salir de las carreteras y meteros campo adentro para pisotear las mieses. Yo habría podido vender botas por diez florines, si alguien hubiese tenido diez florines y

si yo hubiese tenido botas. Él se creía que en este año no andaría por la misma región, pero resulta que todavía está y el hambre es grande. Comprendo que ahora estéis furiosos.

Soldado joven. No lo soporto, y no me diga nada. No soporto la injusticia.

Madre Coraje. Tiene usted razón, pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Por cuánto tiempo no soporta usted la injusticia? ¿Una hora o dos? Vea, eso no se lo ha preguntado usted, y eso es lo más importante. Como que, en el cepo, resulta muy triste descubrir que, de pronto, se soporta la injusticia.

Soldado joven. No sé por qué la estoy escuchando. ¡Por Cristo!, ¿dónde está el Capitán?

Madre Coraje. Usted me escucha porque ya se dio cuenta de lo que le dije: su furia ya se ha esfumado; fue una furia corta, y lo que usted necesita es una bien larga; pero, ¿de dónde la habría de sacar?

Soldado joven. ¿Acaso me quiere contar que no es justo que yo pida mi propina?

Madre Coraje. Al contrario. Sólo digo que su furia no es lo bastante larga; con la que usted tiene no va a alcanzar gran cosa. Lástima. Si fuese larga yo misma le incitaría. Pero, ¿y si usted después no le hace pedazos porque se da cuenta de que tiene el rabo entre las piernas? Entonces heme aquí, y el Capitán me arregla las cuentas a mí.

Soldado más viejo. Tiene mucha razón. Sólo es un pronto.

Soldado joven. Pues ya veremos si no le hago pedazos. (*Desenvaina la espada*). Apenas salga le hago pedazos.

Escribiente. (*Saca la cabeza de la tienda*). El señor Capitán viene en seguida. Sentaos.

(*El joven soldado se sienta*).

Madre Coraje. Ya se ha sentado. ¿No ve? ¿Qué le dije? Por lo pronto ya se ha sentado usted. Sí, sí, esa clase de gente nos conoce muy bien y sabe cómo manejarse con nosotros. "¡Sentados!", y en seguida nos sentamos. Y estando sentados, ya se acabó la rebeldía. Es mejor que no vuelva a levantarse: para estar de pie, como estaba antes, es mejor que no se levante otra vez. Ante mí no tiene por qué avergonzarse: yo tampoco soy mejor que usted. Si a todos nosotros hace largo rato nos han quitado el coraje... Como que, si meto ruido, podría perjudicarme en los negocios. Atienda, que le voy a contar algo de la Gran Capitulación.

(Le canta la Canción de la Gran Capitulación):

Cuando, otrora, fue mi edad florida,
creía yo ser algo muy especial.
¡No como cualquier hija de vecino,
anhelo de cosas superiores!
¿Pelos en mi sopa? ¡No por vida!
¡Y conmigo no hay caso, ni habrá!
(¡O todo o nada y, al menos, que no
sea cualquiera, cada cual es el arquitecto de su
propia fortuna y a mí no me ha de mandar nadie!)

Mas silbó el gorrión:
¡ni un año o dos!
Y marcharás al paso, cuan
lento o pronto todos van,
cantando tu pequeño son:
"Ahí viene ya"
Y todos, ahora ¡izquierda...,
izquier...
Propones tú, dispone Aquel:
¡No se hable más!

Y antes aún que hubo pasado el año

la porción amarga me tragué.
(¡Con dos críos encima y el pan que
está por las nubes y todos los demás menesteres!)
Cuando me caldearon bien el baño,
enseguida me senté.
(Hay que componérselas con las gentes,
una mano lava la otra, y si la
montaña no viene a mí...)

Y silbó el gorrión:
¿ni un año o dos?
¿Y marchas ya al paso, cuan
lento o pronto todos van,
cantando tu pequeño son:
"Ahí viene ya"?
Y todos, ahora, ¡izquierda...
izquier...!
Propones tú, dispone Aquel:
¡No se hable más!
Vi a muchos saltar los Cielos,
y astro alguno les logró aterrar.
(Con voluntad se llega al cielo,
la fe mueve
montañas, ya vamos a timonear
el barco).

Mas sintieron, al sumar anhelos:
¡Ya es difícil una calza atar!
(¡No hay que estirar la pierna
más
que lo que dé la cobija!)
Y silba el gorrión:
¿ni un año o dos!
Y marcharán al paso, cuan
lento o pronto todos van,
cantando su pequeño son
"Ahí viene ya".

Y todos ahora ¡izquierda...
izquier...!
Propone tú, dispone Aquel
¡No se hable más!

Madre Coraje. *(Al soldado joven).* Por eso pienso que te quedes no más ahí con la espada desnuda, siempre que tengas ánimos y que tu furia sea grande, porque el motivo que tienes es bueno, lo reconozco. ¡Pero si tu furia sólo es cortita, entonces es mejor que te vayas en seguida!

Soldado joven. ¡Anda a la mierda!

(Vase a tropezones. El soldado viejo le sigue).

Escribiente. *(Saca la cabeza de la tienda).* Ha llegado el señor Capitán. Ahora puede quejarse.

Madre Coraje. Cambié de parecer. No me quejo.

(Sale).

V

Han transcurrido dos años. La guerra se extiende por regiones cada vez más vastas y más amplias. En viajes sin pausa la pequeña carreta de Madre Coraje atraviesa Polonia, Moravia, Baviera, Italia y nuevamente Baviera, 1631. La victoria de Tilly en Magdeburgo le cuesta a Madre Coraje cuatro camisas de oficial.

La acción se desarrolla en una aldea, hecha añicos por las balas. Allí está estacionada la carreta de Madre Coraje. De lejos óyese débilmente una marcha militar. Dos soldados están junto al mostrador y son atendidos por CATALINA y MADRE CORAJE. Uno lleva un tapado de pieles, de mujer.

Madre Coraje. ¿Qué ¿No puedes pagar? Si no hay plata no hay aguardiente. Saben tocar marchas triunfales, pero pagarles la soldada no.

Primer Soldado. Quiero mi aguardiente. Llegué tarde para el saqueo. El General nos hizo trampa y sólo nos dio una hora para saquear la ciudad. Dijo que no es un monstruo. La ciudad le habrá pagado algo.

Capellán. *(Viene tropezando).* En el patio yacen unos cuantos. Una familia de labriegos. Ayúdeme alguno. Necesito hilas.

(El segundo soldado se va con él. Catalina se excita enormemente y trata de persuadir a su madre de que entregue lienzo para las hilas).

Madre Coraje. No tengo más. Vendí todas las hilas al regimiento. No voy a rasgar mis camisas de oficial para ellos.

Capellán. (*Gritando de lejos*). ¡Hilas, he dicho, necesito hilas!

Madre Coraje. (*Se sienta en la escalera de la carreta para impedir que Catalina suba a ella*). Yo no doy nada. Esa gente no va a pagar, como que no tiene con qué.

Capellán. (*A una mujer a la cual transportó hasta allí*). ¿Por qué os quedasteis en medio del tiroteo?

Campesina. (*Débilmente*). Mis animales.

Madre Coraje. ¡Estos no se van de lo suyo! Y ahora estoy yo para largar lo mío. Ni que me maten.

Primer soldado. Son protestantes ¿Quién les manda ser protestantes?

Madre Coraje. La religión les importa un comino ahora. Han perdido su granja, eso es todo.

Segundo soldado. No son protestantes. Son católicos como nosotros.

Primer soldado. No podemos sonsacarlos durante el tiroteo.

Campesino. (*Conducido por el Capellán*). Mi brazo está perdido.

Capellán. ¿Dónde están las hilas?

(*Todos miran a Madre Coraje. Ella no se mueve*).

Madre Coraje. No puedo dar nada. ¡Con los impuestos que hay, y las aduanas, y los diezmos, y los sobornos! (*Catalina articula sonidos guturales y alza una tabla, amenazando con ella a su madre*). ¿Se te ablandó la sesera? ¡Deja esa tabla o te suelto un bofetón, cachivache! No doy nada y no me da la gana: tengo que pensar en mí misma. (*El Capellán la alza en brazos y la sienta en el suelo. En seguida busca y saca las camisas de la carreta y las rasga*). ¡Mis camisas! ¡De medio florín cada una! ¡Estoy arruinada!

(Dentro de la casa se oye una voz infantil angustiada).

Campeño. ¡Todavía está dentro el chiquillo!

(Catalina entra corriendo en la casa).

Capellán. *(A la mujer).* ¡Quédate acostada! Ya lo están sacando.

Madre Coraje. ¡Retenedla, el techo puede desplomarse!

Capellán. Yo no entro más.

Madre Coraje. *(Debatiéndose entre dos sentimientos).* No des-
pilfarre de esa manera mi lienzo costoso! *(El segundo soldado la
retiene. Catalina trae de entre las ruinas un niño de pecho).* ¿Ya
encontraste, a Dios gracias, otro lactante para andar llevándolo
en brazos de acá para allá? En el acto lo vas a devolver a la ma-
dre, porque si no tendré la eterna escaramuza para lograr quitár-
telo. ¿Me oyes? *(Al segundo soldado).* No mires como un bobo.
Mejor será que te vayas para allá detrás y les digas que terminen
con la musiquita, que aquí no más ya me doy bastante cuenta de
su triunfo. ¡Puras pérdidas me ocasionan vuestros triunfos!

Capellán. *(Vendando).* La sangre no se para.

(Catalina mece a la niña y le balbucea una canción de cuna).

Madre Coraje. Miradla: ahí está sentada, dichosa en medio de
toda la miseria. A ver si lo devuelves en el acto, que la madre ya
está volviendo en sí. *(Descubre al primer soldado, que, habien-
do hecho un asalto a las bebidas, quiere escaparse con una bo-
tella).* ¡Espérate perro!. ¿Acaso quieres seguir triunfando, bes-

tía? Pagarás.

Primer soldado. No tengo con qué.

Madre Coraje. (Le arranca el abrigo de pieles). Al menos déjame el abrigo; ¿qué más da si lo robaste?

Capellán. Ahí abajo yace otro más.

VI

Frente a Ingolstadt, ciudad de Baviera, Madre Coraje asiste al sepelio de Tilly, Mariscal de las tropas imperiales. Se entablan conversaciones acerca de los héroes de la guerra y sobre la duración de la misma. El Capellán se lamenta porque sus talentos no son aprovechados y la muda Catalina obtiene los zapatos rojos. Corre el año 1632.

La acción en el interior de una tienda de cantinera con mostrador en el fondo. Lluve. A lo lejos, tambores y música fúnebre. El CAPELLÁN y el ESCRIBIENTE juegan a las tablas. MADRE CORAJE y su hija están haciendo el inventario de bienes.

Capellán. Ahora se pone en movimiento el cortejo fúnebre.

Madre Coraje. Lástima por el Mariscal —de estos escarpines hay veintidós pares—. Dicen que cayó por accidente. Había neblina en el prado, y fue por culpa de eso. El Mariscal acababa de gritarle a un regimiento que siguiese luchando con desnudo y sin temer la muerte, y después volvió a caballo; pero, con la neblina, se equivocó de camino, de modo que vino a parar adelante, en medio de la batalla, y allí pescó un balazo. —Sólo quedan cuatro hachas—. (*Óyese un silbido del fondo. Ella se dirige al mostrador*). ¡Qué vergüenza que os hagáis los tontos y no vayáis al entierro de vuestro Mariscal muerto! (*Escancia la bebida*).

Escribiente. No debieron haberles dado la plata antes del entierro. Ahora se emborrachan en vez de asistir.

Capellán. (*Al escribiente*). ¿Y usted no debe ir al entierro?

Escribiente. Me hice el tonto, por la lluvia.

Madre Coraje. Con usted pasa otra cosa: podría aguarle el uniforme. Dicen que iban a enterrarle, naturalmente, con repiques de campanas. Pero resultó que por orden de él habían demolido a cañonazos todas las iglesias, de modo que el pobre Mariscal no va a oír las campanas cuando lo bajen. En cambio

quieren disparar tres salvas, para que no sea tan sobria la ceremonia —diecisiete cinturones—.

Gritos del Mesón. ¡Eh, cantinera! Un vaso de aguardiente.

Madre Coraje. ¡Primero la plata! ¡No se entra en mi tienda con esas botas roñosas! Podéis beber afuera, ¡qué lluvia ni qué lluvia! (*Al Escribiente*). Sólo dejo entrar a los oficiales. Dicen que en los últimos tiempos el Mariscal tuvo sus contratiempos. Hubo revueltas en el Segundo Regimiento porque no les pagaba la soldada y les decía que ésta era una guerra de religión, que pelesen de balde.

(*Marcha fúnebre. Todos miran hacia el fondo*).

Capellán. Ahora desfilan ante los gloriosos restos.

Gritos desde el mostrador. ¡Ah, de la hostería! ¡Un aguardiente!

Madre Coraje. A mí me dan lástima esos mariscales y Emperadores. Posiblemente se haya imaginado hacer algo fuera de lo común, algo de que la gente iría a hablar aún después de muchos siglos. Por ejemplo, conquistar el mundo, lo que es una gran meta para un Mariscal, porque él no sabe otra cosa. En una palabra, el hombre se sacrificó y se empeñó, y después fracasa todo a causa de la gente vulgar, que sólo quiere su jarra de cerveza y su poco de diversión y no tiende a nada superior. Los planes más hermosos se hacen humo por la mezquindad de aquellos que tienen que ejecutarlos, puesto que el Emperador mismo no puede hacerlo; necesita del apoyo de sus soldados y del pueblo, allí donde los tenga. ¿No tengo razón?

Capellán. (*Ríe*). Tiene usted mucha razón, Coraje, menos en lo que dijo de los soldados. Ellos hacen lo que pueden. Con éstos que están ahí, afuera, chupando su aguardiente en medio de la lluvia, me atrevería a hacer una guerra tras otra durante cien años, y dos a la vez también, si fuese menester. A pesar de que no soy general de oficio.

Madre Coraje. ¿De modo que usted no cree que la guerra pueda terminarse?

Capellán. ¿Porque se haya muerto el Mariscal? Vamos, no sea pueril. De éstos le encuentro una docena. Nunca faltan héroes.

Madre Coraje. Oiga, yo no se lo pregunto por bromear sino porque estoy pensando si he de comprar más mercadería, ahora que está barata. Como que si la guerra termina la puedo arrojar a la calle.

Capellán. Comprendo que para usted sea cosa seria. Siempre hubo quienes anduvieron diciendo: "Alguna vez se ha de terminar la guerra". Pero yo digo que no es cosa tan

segura eso de que la guerra terminará alguna vez. Naturalmente, puede producirse una pausita. Puede que la guerra tenga que tomar aliento y recobrase, y hasta podría pasar que, por así decir, se accidente. No hay quien la preserve de eso. Después de todo, no hay nada perfecto en esta tierra. Una guerra perfecta, una de esas donde haya que decir: no tiene ni el menor defectillo, difícilmente llegue a existir. De pronto puede estancarse, por cualquier cosa imprevista, dado que no se puede estar pensando en todo. No hace falta más que una pequeña negligencia, y antes de que nos demos cuenta ya tenemos la desgracia encima. ¡Y después, vaya uno a hacerla arrancar de nuevo! Con todo, vendrían en su ayuda los emperadores, reyes y papas cuando la encuentren en la indigencia. De modo que, a grandes rasgos, la guerra no tiene nada que temer y se le puede pronosticar una vida bien larga.

Un soldado. (*Canta en el fondo, delante del mostrador*):

¡Ea!, ¡ron!, mesón, sin peros:
no ha tiempo el de ligeros.
El Rey llama a batalla.
¡Y que sea doble, hoy estamos
de fiesta!

Madre Coraje. Si pudiera fiarme de usted...

Capellán. ¡Juzgue usted misma! ¿Qué es lo que se opone a la guerra?

El soldado. (*Canta detrás*):

Tu pecho, hembra, sin peros:
no ha tiempo el de ligeros.
Debe ir hasta Moravia.

Escribiente. (*Súbitamente*). ¿Y la paz?, ¿qué será de la paz? Soy de Bohemia, y oportunamente me gustaría volver a casa.

Capellán. De veras, ¿quiere usted? ¡Sí, sí, la paz! ¿Qué será de los hoyos cuando hayan comido el queso?

Escribiente. No puede vivirse sin paz toda la vida.

Capellán. Le diré: también hay paz en la guerra; también ella tiene sus ratos pacíficos. Porque la guerra satisface todas las necesidades, entre ellas también las pacíficas; existe buen cuidado de que así sea, porque de otro modo la guerra no duraría mucho tiempo. Después de todo, puedes cagar tan bien durante la guerra como lo harías durante la paz más profunda, y entre combate y combate tomas tu cerveza y, durante un avance hasta puedes echarte un sueñito, apoyado en tu brazo, en cualquier zanja. Claro está que no puedes jugar a los naipes durante un asalto; pero eso tampoco lo puedes hacer en la paz más profunda, mientras estés arando; en tanto que, después de la victoria, sí que tienes tus probabilidades. Pueden rebanarte una pierna de un balazo y al principio armarás un escándalo descomunal; pero luego te calmas y te dan aguardiente, y al fin de cuentas andarás cojeando por ahí y la guerra no por eso estará peor que antes. ¿Y quién te impide reproducirte en medio de la matanza, detrás de algún granero o en otro lugar? A la larga no podrá evitarse eso, y entonces la guerra tendrá tus vastagos y podrá seguir adelante con ellos. ¿Por qué habría de cesar entonces?

(Catalina ha interrumpido su trabajo y mira fijamente al Capellán).

Madre Coraje. Compraré pues, las mercancías. Me fío de usted. *(Catalina arroja de pronto una cesta de botellas al suelo y sale corriendo).* ¡Catalina! *(Ríe).* Jesús, ésa está esperando la paz! Le prometí un marido, cuando haya paz. *(Sale corriendo tras ella).*

Escribiente. *(Levantándose).* Gané yo, porque usted estuvo hablando. Usted paga.

Madre Coraje. *(Vuelve con Catalina).* Vamos, no seas necia, la guerra sigue un tantico aún, y nosotros haremos todavía un poquito de plata, y entonces la paz será tanto más hermosa. Y ahora vas a la ciudad —que no queda a más de diez minutos de aquí—, y buscas las cosas que están en el León de Oro, al menos las más valiosas. Las otras las pasaremos a buscar más tarde con el carro. Todo ha sido enviado, y el señor Escribiente de Regimiento te acompañará. Los más están en el entierro del Mariscal, de modo que no puede pasarte nada. ¡Buena suerte; cuida que no te quiten nada, y piensa en tu ajuar!

(Catalina se ata un lienzo a la cabeza y sale con el Escribiente).

Capellán. ¿Está bien dejarla ir con el Escribiente?

Madre Coraje. No es tan linda como para que quiera romperla.

Capellán. Siempre me admiró ver como usted lleva su comercio, y cómo se las arregla siempre. Comprendo por qué la llaman Coraje.

Madre Coraje. Las gentes pobres necesitan coraje. Si no están perdidas. Sólo el hecho de tener que levantarse a la madrugada requiere, en la situación de ellas, muchos bríos. ¡O eso de poner-

se a arar un campo en medio de la guerra! El mero hecho de que echan hijos al mundo demuestra que tienen coraje, puesto que no tienen ningún futuro. El uno va a ser verdugo del otro, y se van a matar mutuamente, y si entonces quieren mirarse a las caras necesitan coraje, ¡y cuánto! El que toleren a un Emperador o a un Papa demuestra un coraje espantoso, como que eso les cuesta la vida. (*Se sienta a partir leña. Saca de su bolso una pipa corta y fuma*). Podría partir un poco de leña.

Capellán. (*Se quita de mal grado la chaqueta y se dispone a partir leña*). En verdad soy pastor de ánimas y no leñador.

Madre Coraje. Yo no tengo ninguna clase de ánima. En cambio, necesito leña.

Capellán. ¿Qué clase de pipa corta es ésta?

Madre Coraje. Sencillamente una pipa.

Capellán. No; no es "sencillamente una", es una muy determinada.

Madre Coraje. ¡No diga!

Capellán. Es la pipa corta del cocinero del Regimiento de Oxenstierno.

Madre Coraje. Si lo sabe, ¿por qué lo pregunta, hipócrita?

Capellán. Porque no sé si usted se da cuenta que está fumando justamente en esa pipa. Podría ocurrir que usted estuvo escarbando entre sus petates, y que cualquier pipa corta se le metió entre las manos y que usted la tomó de puro distraída.

Madre Coraje. ¿Y por qué no pudo haber sido así?

Capellán. Porque no es así. Usted fuma en ella muy a sabiendas.

Madre Coraje. ¿Y si así fuese?

Capellán. Le prevengo, Coraje. Es mi deber. Es muy dudoso que vuelva a encontrarse con ese señor; pero eso no es una pena, sino que más bien es una dicha para usted. No me hizo la impresión de un hombre serio. Al contrario.

Madre Coraje. ¿De veras? Era un hombre simpático.

Capellán. ¿Conque usted le llama simpático? Pues yo no. Lejos de mí el desearle algo malo; pero simpático no puede denominarlo. Más bien un donjuán taimado. Examine usted esa pipa corta si no quiere creerme. Tendrá que convenir conmigo que esa pipa revela más de un rasgo del carácter de él.

Madre Coraje. Yo no veo nada. Está gastada, eso es todo.

Capellán. Está mordida de parte a parte. Un hombre brutal. Es la pipa de un hombre brutal y desconsiderado; eso se puede observar, si es que no se ha perdido toda facultad de juzgar.

Madre Coraje. ¡Qué me está partiendo usted el tajadero a hachazos!

Capellán. Ya le he dicho que no soy leñador de oficio. He estudiado la cura de ánimas. Aquí mi talento y mi capacidad son indebidamente empleados para trabajos físicos. Los dones que recibí de Dios no llegan a evidenciarse en absoluto. Es una pena. Usted nunca me ha oído predicar. Soy capaz de sermonear de tal manera a un regimiento que les hago mirar al enemigo como a un rebaño de ovejas. Su vida les parece una media calza vieja y mal oliente, y con gusto la pierden, pensando en la victoria final. Dios me ha otorgado el don de la elocuencia. Abro la boca, y usted enmudece para toda la vida.

Madre Coraje. Pero yo no tengo ninguna gana de enmudecer para toda la vida. ¿Qué sería de mí?

Capellán. Coraje, más de una vez pensé que usted oculta, tras sus prosaicas expresiones, una naturaleza cálida. También usted es un ser humano, y, como tal, tiene menester de calor.

Madre Coraje. El mejor calor para la tienda lo puede dar usted partiendo más leña.

Capellán. Usted esquiva el tema. En serio, Coraje, me pregunto a veces qué sería si nosotros estrechásemos un poco más nuestras relaciones. Me parece que, en vista de que el torbellino de la guerra nos arremolinó y juntó de manera tan singular...

Madre Coraje. Me parece que ya son bastante estrechas. Yo le preparo la comida y usted se hace útil y parte leña, por ejemplo.

Capellán. (*Se le acerca*). Usted sabe lo que quiero significar cuando digo "estrechar"; eso no tiene nada que ver con preparar comida y partir leña y otros viles menesteres. Permita que hable su corazón, no lo endurezca.

Madre Coraje. No se me venga encima con el hacha. Eso ya sería una relación demasiado estrecha.

Capellán. No lo ridiculice usted. Soy un hombre serio y he pensado muy bien lo que dije.

Madre Coraje. No sea tonto, capellán. Le tengo simpatía y no me gustaría tener que regañarle. Lo que yo busco es abrirme paso con mis hijos y en mi carreta. Ni siquiera la considero mía y tampoco tengo cabeza para asuntos privados. En este mismo instante corro un riesgo y todo el mundo habla de paz. ¿Adonde quiere ir usted si yo estoy arruinada. ¿No ve que usted mismo no lo sabe? Siga partiendo leña, y así, al menos, no pasaremos frío de noche: eso ya es mucho decir en estos tiempos. ¿Qué pasa ahí? (*Se levanta. Entra Catalina, jadeante, con una herida en la frente y en un ojo. Arrastra toda clase de cosas: fardos, pertrechos de cuero, un tambor, etcétera*). ¿Qué pasa? ¿Te asaltaron? ¿A la vuelta? ¡La asaltaron a la vuelta! ¡Juraría que fue aquel de ligeros, que se había emborrachado aquí! ¡No debí haberte mandado! ¡Deja no más las cosas! No es para tanto; la herida sólo es en carne. Yo te la vendo y en una semana se sanó. Son peores que las bestias. (*Le venda la herida*).

Capellán. Yo no les reprocho nada. En casa no solían ultrajar a nadie. La culpa la tienen los que arman las guerras; son ellos los que vuelven lo más bajo del hombre para arriba.

Madre Coraje. ¿No te acompañó el Escribiente a la vuelta? Eso se gana con ser una persona decente: la gente no se fija en una. La herida no es profunda; no quedará ni huella. Bueno, ya está vendada. Te voy a dar algo, quédate quieta. En secreto te he guardado algo, vas a asombrarte. (*Extrae de un saco los rojos zapatos de tacón de la Pottier*). Y, ¿qué me dices? Sorprendida,

¿eh? Siempre quisiste tenerlos. Tómalos. Póntelos pronto, no sea que me arrepienta. (*Le ayuda a calzarse*). No quedará ni huella, por más que no me importa mucho que quedase. El destino de las que le gustan a ellos es peor. A éstas las tironean de acá para allá, hasta dejarlas rotas. Yo ya he visto a algunas que tenían linda carita y después mostraban un aspecto como para horrorizar a un lobo. No pueden andar detrás de un árbol de la alameda sin que tengan que temer algo, y llevan una vida terrible. ¡Es igual que con los árboles! Los que son rectos y esbeltos son talados para travesanos, y los torcidos siguen gozando de vida. De modo que eso no sería más que una dicha. Los zapatos todavía están bien; los guardé bien engrasados.

(*Catalina deja los zapatos y desaparece en la carreta*).

Capellán ¡Con tal que no quede desfigurada!...

Madre Coraje. Una cicatriz quedará. Ya no tiene que esperar la paz.

Capellán. Pero no se dejó robar las cosas.

Madre Coraje. Quizá no debí habérselo inculcado. ¡Quién sabe lo que pasa ahora en su cabeza! Una vez se quedó toda una noche fuera, una sola en todos estos años. Después de eso marchaba como siempre, pero trabajaba aún más que antes. ¡No pude sacar en limpio lo que habrá vivido aquella vez! Durante un tiempo me estuve rompiendo la cabeza acerca de eso. (*Toma las mercaderías que trajo Catalina y las clasifica, furiosa*). ¡Esto es la guerra! ¡Hermosa fuente de ingresos!

(*Se oye una andanada*).

Capellán. Están enterrando al Mariscal. Es un instante histórico.

Madre Coraje. Para mí es un instante histórico el que le hayan

golpeado en el ojo a mi hija. Ya está medio rota, un marido no ha de conseguir, y encima está loca por las criaturas. Muda también está a causa de la guerra —de nenita un soldado le metió algo en la boca—. Al Requesón no le veré más, y en dónde está el Eilif, Dios lo sabrá. ¡Maldita sea la guerra!

VII

Madre Coraje, en la culminación de su carrera mercantil. La acción en la carretera. El CAPELLÁN, MADRE CORAJE y su hija CATALINA arrastran la carreta, de la que cuelgan nuevas mercancías. Madre Coraje ostenta un collar con monedas de plata.

Madre Coraje. Decid lo que queráis: para mí no hay como la guerra. Dicen que extermina a los débiles; pero éstos también perecen en la paz. Y en cambio la guerra da mejor pan a su gente. (*Canta*):

Si no te alcanzan, pues, las fuerzas,
cuando hay botín tú no estarás.
Sólo negocios son las guerras:
se vende plomo en vez de pan.
¿Y qué se gana con ser sedentario?
Los sedentarios son los primeros que caen.
Más de uno ansió más de una cosa
que para más de uno no hay:
creyó cavar su cueva y, ¡ay!,
de puro astuto abrió su fosa.
Más de uno vi andar jadeando,
corriendo en pos de su quietud.
Quizá se diga en el ataúd:
¿Por qué habré corrido tanto?

(*Prosiguen su marcha*).

VIII

En ese mismo año el rey de los suecos, Gustavo Adolfo, cae en la batalla de Lutzen. La paz amenaza arruinar el negocio de Madre Coraje. El hijo temerario de Madre Coraje realiza una hazaña más de la cuenta y halla un fin ignominioso.

La acción en el campamento. Una mañana de verano. Delante de la carreta están una anciana y su hijo. El hijo lleva un gran saco lleno de ropa de cama.

La voz de Madre Coraje. *(de dentro de la carreta) ¿Y eso lo necesitan a estas horas de la madrugada?*

El Joven. Hemos andado veinte millas durante toda la noche, y tenemos que estar de vuelta hoy mismo.

Voz de Madre Coraje. ¿Y qué he de hacer yo con cojines y colchas? ¡Si la gente no tiene vivienda ya!...

Joven. ¡Espere y véalas primero!

La Anciana. Aquí tampoco hay caso. Ven.

Joven. ¡Para que nos embarguen la casa a causa de los impuestos! Quizá nos dé tres florines, si agregas el crucifijo. *(Óyese el tañido de campanas).* ¡Oye madre!

Voces. *(De atrás).* ¡Paz! ¡Cayó el rey de los suecos!

Madre Coraje. *(Saca la cabeza de la carreta. Todavía no está peinada).* ¿Qué clase de tañido es ése, a mitad de semana?

Capellán. *(Sale de la carreta)* ¿Qué están gritando?

Madre Coraje. No me diga que estalló la paz ahora que compré

mercaderías nuevas.

Capellán. (*Gritando hacia atrás*). ¿Es verdad que hay paz?

Voces. Dicen que hace más de tres semanas. Sólo que nosotros no nos enteramos.

Capellán. (*A la Coraje*). Si no fuese así ¿por qué habrían de doblar las campanas?

Voz. A la ciudad llegó todo un escuadrón de luteranos con carretas y trajeron la nueva.

Joven. Hay paz, madre. ¿Qué tienes?

(*La anciana se ha desplomado*).

Madre Coraje. (*Retirándose en la carreta*). ¡Jesús, María y José! ¡Paz, Catalina! ¡Ponte el vestido negro! ¡Vamos a la iglesia! ¡Eso se lo debemos al Requesón! ¿Si será verdad?

Joven. La gente de por acá también lo dice. Han hecho las paces. ¿Puedes levantarte? (*La anciana se levanta, como atolondrada*). Ahora haré marchar de nuevo el taller. Te lo prometo. Todo se arreglará. Al padre le compraremos una cama nueva. ¿Puedes caminar? (*Al Capellán*). Le ha dado un desmayo. Es la noticia. Ya no creía que alguna vez pudiese haber paz. Pero el padre siempre lo decía. Nos vamos en seguida a casa.

(*Vanse ambos*).

Voz de Madre Coraje. ¡Dadle un aguardiente!

Capellán. ¡Ya se han ido!

Voz de Madre Coraje. ¿Qué pasa en el campamento ahí enfrente?

Capellán. Están agolpándose. Me voy para allá. ¿No me con-

vendría ponerme mis hábitos religiosos?

Voz de Madre Coraje. Infórmese primero exactamente antes de darse a conocer como Anticristo. Estoy contenta de que haya paz, a pesar de estar arruinada. Por lo menos a dos de mis hijos los hice salir sanos y salvos de la guerra. Ahora volveré a ver a mi Eilif.

Capellán. ¡Mirad quién viene ahí por la calleja del campamento! ¡Que me maten, si no es el cocinero del Mariscal!

Cocinero. *(Un poco venido a menos, llevando un lío).* ¿Qué veo? ¡El Capellán!

Capellán. ¡Visitas, Coraje!

(Madre Coraje sale de la carreta y baja).

Cocinero. Se lo había prometido. Vengo, apenas tenga tiempo, para charlar un rato. Aún no me olvidé de su aguardiente, señora de Fierling.

Madre Coraje. ¡Jesús, el cocinero del Mariscal! ¡Después de tantos años! ¿Y dónde está mi hijo Eilif, mi hijo mayor?

Cocinero. ¿Todavía no ha llegado? Salió antes que yo y también venía para aquí.

Capellán. Esperad que me ponga mi hábito religioso.

(Desaparece detrás de la carreta).

Madre Coraje. Vendrá de un minuto a otro. *(Grita a Catalina, que está dentro de la carreta).* ¡Catalina, viene Eilif! ¡Trae una copa de aguardiente, Catalina, para el cocinero! *(Catalina no aparece).* ¡Cúbrelo con un mechón de cabello y listo! ¡El señor Lamb no es un desconocido! *(Va ella misma a buscar el aguardiente).* No quiere salir, la paz no le importa. Se hizo esperar

demasiado. La golpearon en un ojo; apenas si se nota, pero ella cree que todo el mundo la está devorando con la mirada.

Cocinero. ¡Sí, sí, la guerra!

(Él y Madre Coraje se sientan).

Madre Coraje. Me encuentra usted en la desgracia, cocinero. Estoy arruinada.

Cocinero. ¿Qué? ¡Vaya una mala suerte!

Madre Coraje. La paz me rompe la crisma. Compré mercaderías, por consejo del Capellán, y ahora se dispersarán todos y yo me quedo con mis petates estancados.

Cocinero. ¿Cómo pudo haberle hecho caso al Capellán? Si en aquel entonces yo hubiese tenido tiempo y los católicos no se hubiesen aparecido tan de repente le habría advertido de no juntarse con ése. Es un gorrón. ¿De modo que ahora usted le hace caso a él?

Madre Coraje. Me ha estado lavando la vajilla y tirando del carro.

Cocinero. ¡Ese, y tirar! Le habrá estado contando algunos de sus chistes, tal como se los conozco. Tiene unas opiniones muy sucias acerca de la mujer; en vano traté de hacer valer mi influencia frente a él. Es un veleta.

Madre Coraje. ¿Acaso usted no lo es?

Cocinero. Seré cualquier cosa, pero veleta no soy. ¡Salud!

Madre Coraje. Eso de no ser veleta no vale un comino. A Dios gracias, sólo tuve uno que no era veleta. Con ninguno trabajé tanto como con ése. En la primavera vendía las frazadas de los chicos, y mi armónica le parecía poco cristiana. Me parece que no se recomienda usted muy bien al decir que no es veleta.

Cocinero. Sigue teniendo usted una boca a toda prueba; pero no

por eso la estimo menos.

Madre Coraje. No vaya a contarme ahora que estuvo soñando con mi boca a toda prueba.

Cocinero. Sí, sí; henos aquí, mientras doblan las campanas de la paz y usted sabe escanciarlo. Eso ya es famoso.

Madre Coraje. Por el momento no me encantan las campanas de la paz. No veo cómo harán para pagarme las soldadas atrasadas, y si no las pagan ¿a dónde iré a parar con

mi aguardiente famoso? ¿Acaso ya os han pagado a vosotros?

Cocinero. (*Lentamente*). No precisamente. Por eso nos disperamos. En esas circunstancias me dije: ¿para qué quedarme? Entretanto voy visitando a los amigos. Y por eso heme aquí frente a usted.

Madre Coraje. Vale decir que usted no tiene nada.

Cocinero. ¿Podrían dejar de tocar esas campanas después de todo! Me gustaría empezar algún comercio. Ya no tengo ganas de hacer de cocinero. Quieren que les haga un mejunje con raíces de árbol y cueros de zapatos, y encima me arrojan la sopa caliente a la cara. Hoy día ser cocinero es llevar una vida de perro. Prefiero hacer el servicio militar... Pero es claro: ahora estamos en época de paz. (*Viendo al Capellán, que aparece con su hábito antiguo*). Después seguiremos hablando del asunto.

Capellán. Todavía sirve. Sólo tenía algunas polillas.

Cocinero. No veo por qué se toma la molestia. Usted ya no encontrará colocación. ¿A quién tendrá que arengar ahora para ello? De por sí tengo que arreglar unas cuentas con usted, porque le estuvo aconsejando a esta señora que comprase mercaderías superfluas, haciéndole creer que la guerra duraría eternamente.

Capellán. (*Acalorado*). ¿Y a usted qué le puede importar eso?

Cocinero. ¡Porque eso es inescrupuloso! ¿Cómo puede meterse usted en la dirección de negocios ajenos con consejos gratuitos?

Capellán. ¿Quién es el que se está metiendo? (*A la Coraje*). No sabía que usted era amiga tan íntima del señor y le debía rendición de cuentas.

Madre Coraje. No se acalore usted; el cocinero no dice más que su opinión privada, y usted no podrá negar que su guerra resultó ser un fiasco.

Capellán. No vaya a renegar de la paz, Coraje. Usted es una hiena del campo de batalla.

Madre Coraje. ¿Quién soy yo?

Cocinero. Si usted ofende a mi amiga le arreglaré las cuentas.

Capellán. No estoy hablando con usted. Sus intenciones son demasiado evidentes. (*A la Coraje*). Pero si la veo a usted aceptar la paz del mismo modo que se acepta un pañuelo viejo, lleno de mocos, así, con pulgar e índice, me indigno como ser humano que soy; porque entonces veo que usted no quiere la paz; en cambio, quiere la guerra, porque ésta le resulta beneficiosa. Pero no olvide el viejo refrán: "¡El que quiera almorzar con el diablo debe tener cuchara larga!".

Madre Coraje. A mí no me gusta la guerra, ni yo le gusto a ella. De todos modos, no le tolero eso de hiena. No tengo nada más que ver con usted.

Capellán. ¿Por qué se queja entonces de la paz, cuando todo el mundo está respirando de alivio? ¿Todo por esos cachivaches que lleva en la carreta?

Madre Coraje. Mis mercancías no son cachivaches. Yo vivo de ellas, y usted, hasta ahora, hizo lo mismo.

Capellán. ¿Es decir de la guerra? ¡Muy bien!

Cocinero. (*Al Capellán*). Como hombre maduro, debió haberse dicho usted que no conviene dar consejos. (*A la Coraje*). Lo mejor que puede hacer en esta situación es vender lo más pronto ciertas mercaderías, antes que los precios bajen al infinito. ¡Vístase y vaya, y no pierda un solo minuto!

Madre Coraje. Es un consejo muy sensato. Me parece que lo

voy a seguir.

Capellán. ¡Como que lo dice el Cocinero!

Madre Coraje. ¿Y por qué no lo dijo usted. Tiene razón: lo mejor que puedo hacer es irme a la feria.

(Sube a la carreta).

Cocinero. Uno a cero, Capellán. Tiene poca presencia de ánimo usted. Debió haber dicho: ¿Que yo di un consejo? ¡Si yo sólo estuve politiqueando un poco! No le conviene ponerse a discutir conmigo. ¡Una riña de gallos tal no está de acuerdo con su hábito!

Capellán. O se calla en el acto o le asesino, no me importa si eso está o no de acuerdo.

Cocinero. *(Desatándose las botas y quitándose los calcetines).* Si usted no se hubiese convertido en el ruin canalla inmoral que es, bien podría conseguirse un curato, en esta época de paz. Cocineros no harán falta, puesto que no hay nada para cocinar; pero la fe siempre existe, y en eso no hubo ningún cambio.

Capellán. Señor Lamb, le ruego no hacerme salir de aquí por la fuerza. Desde que estoy arruinado soy un hombre mejor. Ya no podría predicarle nada.

(Llega Ivette Pottier, vestida lujosamente de negro, con bastón. Parece mucho más vieja; está más gorda y muy empolvada. Le sigue un criado).

Ivette. ¡Ea, gente! ¿Es aquí donde está Madre Coraje?

Capellán. Así es. ¿Y con quién tenemos el gusto de...?

Ivette. La Coronela Starhemberg, buena gente. ¿Dónde está la Coraje?

Voz de Madre Coraje. ¡En seguida voy!

Ivette. ¡Soy la Ivette!

Voz de Madre Coraje. ¡Ay, la Ivette!

Ivette. Sólo vengo a ver cómo van las cosas. (*Viendo que el cocinero ha dado vuelta, espantado*). ¡Pieter!

Cocinero. ¡Ivette!

Ivette. ¡Que no se diga! ¿Qué haces por aquí?

Cocinero. ¡Voy con la carreta!

Capellán. Ah, parece que os conocéis. ¿Íntimos?

Ivette. Ya lo creo. (*Contemplándole*). Gordo.

Cocinero. Tú tampoco eres de las más delgadas.

Ivette. De todos modos me alegro de encontrarte, bribón. Al menos podré decirte lo que pienso de ti.

Capellán. Dígalo con pelos y señales; pero espere a que salga la Coraje.

Madre Coraje. (*Sale con toda clase de mercaderías*). ¡Ivette! (*Se abrazan*). Mas, ¿por qué estás de luto?

Ivette. ¿No me sienta bien? Mi marido, el Coronel, murió hace un par de años.

Madre Coraje. ¿Aquel viejo que por poco me hubiera comprado mi carreta?

Ivette. No, su hermano mayor.

Madre Coraje. No te va mal, pues. Al menos una que en esta guerra llegó a algo.

Ivette. Cuesta arriba y cuesta abajo marchó el asunto, y finalmente quedé arriba.

Madre Coraje. No hablemos mal de los coroneles; apalean el dinero que da gusto.

Capellán. (*Al cocinero*). En su lugar me calzaría otra vez los

zapatos. (*A Ivette*). Usted prometió decir lo que pensaba acerca del señor, señora Coronela.

Cocinero. Ivette, no me armes camorra.

Madre Coraje. Es uno de mis amigos, Ivette.

Ivette. Es Pieter el de la pipa.

Cocinero. ¡Déjate de apodos! Me llamo Lamb.

Madre Coraje. (*Ríe*). ¡Pieter de la pipa! ¡Aquel que volvía locas a las hembras! ¡Oiga! ¡Su pipa se la tengo guardada!

Capellán. Y también fumó en ella.

Ivette. ¡Qué suerte que pueda prevenirla contra ese! Es el peor de todos los que anduvieron por la costa flamenca. Por cada dedo de su mano hay una a la cual hundió en la desgracia.

Cocinero. De eso hace mucho. Hace rato que ya no es así.

Ivette. ¡Ponte de pie cuando te da conversación una dama! ¡Cómo amé a este hombre! Y pensar que él tenía, al mismo tiempo, a una negra bajita de piernas torcidas, a la cual también hundió en la miseria, naturalmente.

Cocinero. De todos modos, a ti debo haberte hundido en la prosperidad, a lo que parece.

Ivette. ¡Cierra el pico, pobre ruina! Pero tenga cuidado con él. Los hombres como ése son peligrosos, aun cuando están en decadencia.

Madre Coraje. (*A Ivette*). Ven conmigo, quiero vender mis cosas antes que bajen los precios. (*Grita en dirección de la carreta a Catalina*). No habrá iglesia, Catalina, y en cambio me iré a la feria. Si viene el Eilif, le das de beber algo.

(*Vase con Ivette*).

Ivette. (*Al irse*). ¡Pensar que algo como ese hombre haya podido

apartarme de la senda recta! Sólo mi buena estrella es causa de que, no obstante, me haya encumbrado. Con todo, creo que es un gran mérito haberte parado el carro por ahora ¡Pieter de la pipa!

Capellán. Quisiera elegir como lema de nuestra conversación el dicho "A cada puerco le llega su San Martín". ¡Y usted, nada menos, es el que menosprecia mi ingenio!

Cocinero. Lo que pasa es que no tengo suerte. Le diré la verdad: tenía esperanzas de conseguir almuerzo caliente. Estoy muerto de hambre, y ahora esas mujeres estarán hablando sobre mí, y ella se formará una idea completamente falsa de lo que soy. Me parece que lo mejor es irme antes que vuelva.

Capellán. A mí también me parece.

Cocinero. Le aseguro, Capellán, que ya estoy hasta la coronilla de la paz. La humanidad debe pasar por sangre y fuego, porque es pecaminosa desde su más tierna infancia. ¡Ojalá pudiese hornearle otra vez algún capón al Mariscal; ¡quién sabe dónde demonios andará ahora!, con salsa de mostaza y zanahorias!

Capellán. Con repollo colorado. Con el capón se sirve repollo colorado.

Cocinero. Es verdad; pero a él le gustaban las zanahorias.

Capellán. Es que él no entendía de estas cosas.

Cocinero. Sin embargo, usted no se hastiaba de hincar el diente en aquel entonces.

Capellán. A pesar mío.

Cocinero. ¡Sea como fuere, tendrá que reconocer que aquellos eran tiempos!

Capellán. Tal vez lo reconocería.

Cocinero. Después que la llamó hiena, también aquí se acabaron los buenos tiempos para usted! ¿Por qué abre tamaños ojos?

Capellán. ¡El Eilif! (*Viene Eilif, conducido por soldados armados con piquetas. Tiene las manos atadas. Está pálido como la*

cera) ¿Qué diablos te ha pasado?

Eilif. ¿Dónde está mi madre?

Capellán. Fue a la ciudad.

Eilif. Supe que estaba por aquí. Me dieron permiso para verla por última vez.

Cocinero. (A los soldados). ¿A dónde le conducís, pues?

Soldado. A nada bueno.

Capellán. ¿Qué ha hecho?

Soldado. Asaltó la casa de un campesino. Mató a la mujer.

Capellán. ¿Cómo pudiste hacer eso?

Eilif. Sólo hice lo que he hecho no sé cuantas veces.

Cocinero. Pero lo hiciste en época de paz.

Eilif. Cierra el pico. ¿Puedo sentarme hasta que venga?

Soldado. No tenemos tiempo.

Capellán. Durante la guerra lo honraron por ello y estaba sentado a la diestra del Mariscal. ¡Entonces era audacia! ¿No podría hablarse con el preboste?

Soldado. No tiene sentido. Robarle el ganado a un labriego, ¿qué clase de audacia es ésa?

Cocinero. Fue una necesidad.

Eilif. Si hubiese sido necio me habría muerto de hambre, sé juicio.

Cocinero. Y como fuiste sagaz, ahora te sacan la cabeza.

Capellán. Al menos tendríamos que llamar a Catalina.

Eilif. Déjala. Dame más bien un sorbo de aguardiente.

Soldado. No hay tiempo para eso.

Capellán. ¿Y qué recado nos dejas para tu madre?

Eilif. Dile que no fue otra cosa; dile que fue lo mismo. Mejor no

le digas nada.

(Los soldados le hacen marchar a empujones).

Capellán. Te acompaño en este penoso camino.

Eilif. No necesito curas.

Capellán. Espera que aún no lo sabes.

(Le sigue).

Cocinero. *(Grita tras ellos).* ¡Se lo tendré que decir! ¡Ella querrá verle!

Capellán. Mejor será que no le diga nada. En todo caso, que él estuvo aquí y que quizá vuelva mañana. Entretanto, regreso yo y la podré enterar.

(Vase precipitadamente. El Cocinero le sigue con la mirada y sacude la cabeza. Luego se pasea agitado. Finalmente se acerca a la carreta).

Cocinero. ¡Ea! ¿No quiere salir usted? Comprendo que se haya ocultado ante la paz. Yo también quisiera hacerlo. Soy el cocinero del Mariscal, ¿no se acuerda de mí? Me pregunto si usted no tendría un poquillo de comida hasta que vuelva su madre. Tengo unas ganas de tragar una lonja de tocino, y también pan, aunque no sea más que

para matar el aburrimiento. *(Mira dentro de la carreta).* Se ha tapado la cabeza con la colcha.

(En el fondo retumban los cañones).

Madre Coraje. (Viene corriendo, jadeante y cargada aún con sus mercancías). ¡La paz ya se terminó, Cocinero! Dentro de tres días tendremos guerra nueva. Cuando me enteré aún no había vendido mis cosas. ¡Gracias a Dios! En la ciudad se están tiroteando con los luteranos. Tenemos que partir en seguida con la carreta. ¡A preparar los fardos, Catalina! ¿Por qué está tan turbado? ¿Que pasó?

Cocinero. Nada.

Madre Coraje. Sí, algo pasa. Se lo noto en la cara.

Cocinero. Posiblemente sea porque tengamos guerra otra vez. Ahora tendré que esperar hasta mañana a la noche para poder llenar el buche con algo caliente.

Madre Coraje. Está mintiendo, Cocinero.

Cocinero. Estuvo el Eilif. Pero tuvo que irse en seguida.

Madre Coraje. ¿De modo que estuvo? Entonces lo encontraremos durante la marcha. Ahora me iré con los nuestros. ¿Qué tal está?

Cocinero. Como siempre.

Madre Coraje. Ese no cambia nunca. La guerra no me lo pudo quitar. Es sagaz. ¿Me ayuda a atar los fardos? (Comienza a hacerlo). ¿Contó algo? ¿Siempre está de buenas migas con el Mariscal? ¿Os relató alguna de sus hazañas?

Cocinero. (Lúgubrememente). Según dijo, repitió una de las que había hecho.

Madre Coraje. Cuéntemelo después; ahora debemos irnos. (Aparece Catalina). Catalina, la paz ya se acabó. Seguimos marchando. (Al Cocinero). Y usted ¿qué va a hacer?

Cocinero. Voy a engancharme.

Madre Coraje. Le propongo... ¿Dónde está el Capellán?

Cocinero. Fue con Eilif a la ciudad.

Madre Coraje. Entonces acompañeme usted un poco, Lamb. Necesito ayuda.

Cocinero. El asunto con Ivette...

Madre Coraje. No le ha rebajado a usted a mis ojos. Al contrario. Dicen que donde hay humo, hay fuego. ¿Viene, pues, con nosotros?

Cocinero. No le digo que no.

Madre Coraje. El Doce ya se ha puesto en marcha. Vaya a tirar del pértigo. Aquí tiene un trozo de pan. Tenemos que dar la vuelta por detrás, para unirnos con los luteranos. Quizá encontremos al Eilif esta misma noche. De todos es el que más quiero. Una breve paz fue y ya estamos en marcha otra vez.

(Canta, mientras el Cocinero y Catalina se uncen a la carreta):

¡De Ulm a Metz, de Metz a Flandes!
¡Madre Coraje siempre está!
La guerra ha de alimentarme,
siempre que plomo y pólvora hay.
Pólvora y plomo no la sacian,
también la gente ha de vivir.
En el ejército os enganchan!
¡Venid aún hoy! ¡O va a morir!

IX

Han pasado dieciséis años y la gran guerra de religión dura todavía. Alemania ha perdido más de la mitad de su población. Violentas epidemias matan lo que ha quedado de las matanzas. El hambre desola comarcas otrora florecientes. Lobos recorren las ciudades reducidas a escombros. En otoño del año 1634 encontramos a Madre Coraje en los montes alemanes de Fichtelgebirge, apartada un poco del camino real que recorren los ejércitos suecos. En ese año el invierno se ha anticipado y es duro. Los negocios van mal, y no queda otro remedio que mendigar. El cocinero recibe una carta de Utrecht, y es despedido.

La acción delante de la casa de un párroco, medio derruida. Mañana gris en los primeros días del invierno. MADRE CORAJE y el COCINERO están junto a la carreta, envueltos en míseras pieles de cordero.

Cocinero. Todo está oscuro; todavía no se levantó nadie.

Madre Coraje. Pero es la casa de un cura. Y para tañer las campanas tendrá que salir de entre sus cojines. Y además tendrá un poco de sopa caliente para darnos.

Cocinero. ¿De dónde la sacará si toda la aldea está carbonizada, como hemos podido apreciar?

Madre Coraje. Con todo, está habitada: hace poco ladró un perro.

Cocinero. Cuando un cura tiene algo no da nada.

Madre Coraje. Si nos pusiéramos a cantar...

Cocinero. Estoy harto de ello. (*De repente*). Recibí una carta de Utrecht. Me dicen que mi madre murió del cólera, y que ahora la hostería me pertenece. Aquí tienes la carta, si no me crees. Te la muestro, si bien no te interesan las cosas que mi tía garabatea acerca de mi vida y milagros.

Madre Coraje. (*Lee la carta*). Lamb, le diré que yo también estoy hastiada del eterno andar vagabundo. Me parezco al perro del carnicero, que arrastra el carrito con la carne para los clientes, pero nunca recibe un bocadito. No tengo ya nada para vender, y la gente no tiene nada con que pagar ese nada. Por tierras sajonas encontré a uno, vestido de harapos, que me ofreció una pila así de rollos de pergamino por dos huevos; y en Wurttemberg me habrían dejado un arado a cambio de un saquito de sal. ¿Para qué necesitan arar? ¡Si ya no crece nada, tan sólo cizañas...! Dicen que en Pomerania los aldeanos se comieron a las criaturas más chicas, y que fueron sorprendidas unas monjas asaltando y robando a las gentes.

Cocinero. El mundo está pereciendo.

Madre Coraje. Hay veces en que me veo a mí misma recorriendo con mi carreta los infiernos y vendiendo betunes, o por el cielo ofreciendo viático a las almas errantes. Si yo pudiese encontrar, con los hijos que me quedaron, un lugar donde no haya tiroteos, me gustaría vivir aún unos años tranquilos.

Cocinero. Podríamos abrir la hostería. Anna, piénsalo. Anoche me he decidido: contigo o sin ti, me vuelvo a Utrecht. Y eso, hoy mismo.

Madre Coraje. Tengo que hablar con Catalina. Te vas muy aprisa, y no me gusta tomar decisiones en medio de este frío y con el estómago hueco. ¡Catalina! (*Catalina sale y baja de la carreta*). Tengo una noticia que darte, Catalina. El cocinero y yo queremos irnos a Utrecht. Ha heredado una hostería allí. Tendríamos, pues, un lugar fijo, y podrías trabar algunas relaciones. Más de uno sabrá apreciar a una persona madura, y no creas que el aspecto es todo. A mí también me gustaría. Me llevo bien con el cocinero. Debo decirlo por él: tiene buena cabeza para los nego-

cios. Tendríamos la comida asegurada, ¿eso es lindo, no? Y tú tendrías tu cama, ¿te gustaría, eh? A la larga no es vida eso de andar por las carreteras. Te me vas a venir abajo. Ya estás toda piojosa. Tenemos que decidirnos, porque podríamos marchar con los suecos, que van para el Norte. Ahora deben andar ahí enfrente. (*Señala a la izquierda*). Me parece que lo mejor es aceptar, Catalina.

Cocinero. Anna, quisiera decirte dos palabras a solas.

Madre Coraje. Vuélvete a la carreta, Catalina.

(*Catalina sube a la carreta*).

Cocinero. Te interrumpí porque veo que hay un malentendido de tu parte. Creí que no tendría que decirlo expresamente, porque después de todo es natural. Pero si así no fuese, tendré que decirlo: de llevar a ésa, ni me lo menciones. Creo que me comprendes.

(*Detrás de ellos, Catalina saca la cabeza fuera de la carreta y escucha atentamente*).

Madre Coraje. ¿Quieres que la deje aquí a la Catalina?

Cocinero. ¿Y de qué otra manera te lo imaginas? En la hostería no hay lugar. No es de las que tienen tres habitaciones. Si nosotros dos nos empecinamos con pies y manos, puede ser que saquemos nuestro sustento; pero para tres no alcanzará, de ninguna manera. Catalina puede quedarse con la carreta.

Madre Coraje. Me creí que en Utrecht encontraría marido.

Cocinero. ¡No me hagas reír! ¿Cómo va encontrar marido ésa? ¡Muda y, encima, con la cicatriz! ¡Y a esa edad!

Madre Coraje. ¡No hables tan alto!

Cocinero. Las cosas son como son, en voz baja o en voz alta. Y eso también es motivo por el cual no quiero tenerla en la hostería. Los parroquianos no quieren toparse siempre con semejante persona. Y no es para menos.

Madre Coraje. ¡Cierra el pico! ¡Ya te dije que no hables tan alto!

Cocinero. Hay luz en la casa del cura. Podríamos cantar.

Madre Coraje. ¿Cómo va a andar sola con la carreta, cocinero? Ella tiene miedo a la guerra. No la soporta. ¡Los ensueños que imagino debe tener!... De noche la oigo gemir. Sobre todo, después de las batallas. Las cosas que ha de ver en sus pesadillas. Es de las que sufren de compasión. Hace algunos días le encontré encima, otro erizo que habíamos pisado con el carro.

Cocinero. La hostería es demasiado chica. (*Grita*). ¡Estimado señor, criados y habitantes de la casa! ¡Vamos a recitar la canción de Salomón, Julio César y otros grandes espíritus, que no tuvieron ningún provecho de haberlo sido! Para que veáis que también nosotros somos gente correcta, y que por eso llevamos dura vida, sobre todo en invierno.

Visteis al sabio Salomón,
y sabéis qué se hizo de él.
Fue aquel que todo claro vio
maldijo la hora en que nació,
pues todo es vano, decía él.

¡Oh, sabio y grande Salomón!
Mas aún no había amanecido,
y ya por todos fue sabido:
su gran deber llevóle allí.
¡Quien no lo tiene es muy feliz!

Porque todas las virtudes, en este mundo, son peligrosas, como lo demuestra esta hermosa canción. Mejor es no tenerlas y, en cambio, llevar una vida agradable y tener un desayuno, digamos

una sopa caliente. Yo, por ejemplo, no la tengo y quisiera tenerla; soy soldado, mas, ¿de qué me valió mi audacia en todas las batallas? De nada. Paso hambre, y mejor hubiera sido ser un cobarde y haberme quedado en casa. ¿Por qué, pues?

Visteis a César, tan audaz,
y sabéis qué se hizo de él.
Sentado, cual Dios en su altar,
no obstante fuéronle a matar.
(¡Y más fuerte que nunca estaba él!)
Cuánto gritó: ¡Oh tú, hijo mío!
Mas aún no había amanecido,
y ya por todos fue sabido
su audacia le llevó allí.
¡Quien no la tiene es muy feliz!

(*En voz baja*). Ni siquiera miran afuera. (*A toda voz*). ¡Estimado señor, criados y habitantes de la casa! Diréis vosotros: Sí, pero la audacia no es la que alimenta al hombre, ¡hay que emplear la honradez! Entonces uno se harta, o al menos, no está del todo sobrio. ¿Qué os parece, pues?

Visteis a Sócrates, el probo,
que siempre dijo la verdad.
¡Oh, no le agradecieron!
le persiguieron con malos modos
cicuta tuvo que tragar.
¡Tan probo hijo de su pueblo!
Mas aún no había amanecido,
y ya por todos fue sabido:
su probidad llevóle allí.
¡Quien no la tiene es muy feliz!

Sí, sí: hay que ser desinteresado, pues, y hay que partir con el prójimo lo que se tiene. ¿Pero si no se tiene nada? Verdad es que

los caritativos tampoco tienen vida fácil: es dable reconocerlo. Pero, sea como fuere, hay que tener algo. Así es: el desinterés es rara virtud, porque no rinde.

Bien sabéis que Martín, el Santo,
penuria ajena no aguantó.
Vio en la nieve un hombre temblando,
le dio la mitad de su manto,
y él, como el otro, se heló.
¡No le importó el bien terrenal!
Mas aún no había amanecido.
y ya por todos fue sabido:
desinterés llevóle allí.
¡Quien no lo tiene es muy feliz!

¡Y así nos va a nosotros! Somos gentes correctas; nos ayudamos el uno al otro; no robamos, no matamos, no incendiamos. Y por eso puede decirse que nos estamos hundiendo más y más, y que la canción se aplica a nosotros mismos, y que las sopas se van haciendo raras, y que si fuésemos ladrones y asesinos posiblemente estaríamos hartos. Porque las virtudes no dan rendimiento, tan sólo las maldades; así es este mundo, y no tendría que ser así.

Aquí veis a gentes honradas:
cumplimos los diez mandamientos.
Mas no nos sirvió esto de nada.
Vos, que estáis en casas caldeadas,
ayudadnos en nuestra suerte.
¡Cuán honestos no habremos sido!
Mas aún no había amanecido,
y ya por todos fue sabido:
temor de Dios llevólos ahí.
¡Quién no lo tiene es muy feliz!

Voz. (*De arriba*). ¡Ea, vos ahí! ¡Subid! Hay una sopa para vosotros!

Madre Coraje. Lamb, me atragantaría con la comida. No es que sea insensato lo que dijiste. ¿Pero es ésa tu última palabra? Nos hemos llevado muy bien.

Cocinero. Es mi última palabra. Piénsalo.

Madre Coraje. No tengo que pensarlo. Yo no la dejo aquí.

Cocinero. Muy poco razonable. Lo siento. No soy un ogro; pero la hostería es chica. Y ahora tenemos que subir; a ver si después tampoco resulta aquí, y habríamos cantado de balde, con el frío que hace.

Madre Coraje. Voy a buscar a Catalina.

Cocinero. Mejor que le lleves algo de lo que te den arriba. Si nos allegamos los tres, se llevarán un susto.

(Salen ambos. Catalina baja de la carreta, llevando un bulto. Mira a su alrededor, para cerciorarse de que ambos se han ido. En seguida dispone junto a la rueda del carro un viejo pantalón del Cocinero y unas faldas de su madre, uno al lado de las otras de manera que se noten en seguida. Cuando ha terminado de hacerlo y se dispone a irse con su lío, vuelve Madre Coraje de la casa).

Madre Coraje. (*Con un plato de sopa*). ¡Catalina! ¡Catalina! ¿A dónde vas con ese bulto? ¿Estás dejada de Dios y del Espíritu Santo? (*Revisa el bulto*). ¡Ha envuelto sus cosas! ¿Estuviste escuchando? Le he dicho que no habrá caso ni con Utrecht ni con su roñosa hostería. ¿Qué vamos a hacer allí? Tú y yo no nos adaptamos a una hostería. Todavía la guerra ha de darnos bastante a las dos. (*Advierte el pantalón y las faldas*). ¡Qué tonta eres! ¿Qué te parece si yo hubiese visto eso y tú no hubieras estado? (*Detiene a Catalina, que quiere irse*). No vayas a creer que por ti le planté en la calle. Lo hice por la carreta, sólo por

ella. No me separo de la carreta; estoy acostumbrada a ella; no es por ti, es por la carreta. Nos vamos en dirección contraria, y las cosas del cocinero las dejamos afuera, para que las encuentre ese tonto. (*Sube a la carreta, y desde allí arroja algunas cosas junto al pantalón*). Muy bien: ése ya salió de nuestro negocio, y otro más no entra. Y ahora nosotras dos seguimos adelante. También ha de pasar este invierno, así como pasaron los otros. Vamos, úncete pronto, puede que haya nevada.

(Ambas se uncen al carro, le dan vuelta y se van, arrastrándolo. Cuando llega el Cocinero descubre, sorprendido, sus cosas).

X

Durante el año 1635, Madre Coraje y su hija Catalina marchaban por las carreteras de Alemania Central, siguiendo a los ejércitos que están cada vez más harapientos.

La acción tiene lugar en la carreta. Pasan frente a una casa de campesinos. Dentro se oye cantar una voz:

Nos deleitó una rosa,
en medio del jardín.
¡Floreció tan hermosa!
En marzo la plantamos,
cuidándola sin fin.
Dichoso quien tenga un jardín.
¡Floreció tan hermosa!
Cuando soplan borrascas
y agitan el pinar,
nada podrán hacernos:
aprestamos el hogar
con leñas y con cascás.
Dichoso quien tenga un hogar,
cuando soplan borrascas.

(Madre Coraje y Catalina se detuvieron para escuchar. Luego siguen su marcha).

XI

Enero de 1636. Las tropas imperiales amenazan la ciudad evangélica de Hale. Las piedras comienzan a hablar. Madre Coraje pierde a su hija y sigue sola su marcha. Y falta mucho aún para que la guerra termine.

La escena muestra la carreta, en muy mal estado. Está al lado de una casa campesina de enorme techo de paja. De entre la maleza salen un ALFÉREZ y tres SOLDADOS, todos con pesadas armaduras.

Alférez. Lo que no quiero es ruido. Al que grite le clavaréis la pica.

Primer Soldado. Pero debemos golpear y llamarlos, si hemos de conseguir algún guía.

Alférez. Golpear es un ruido natural. Podría ser una vaca que embiste las paredes de su cuadra.

(Los soldados llaman a la puerta de la casa campesina. Abre una labriega. Le tapan la boca. Dos soldados se meten dentro de la casa).

Una voz de hombre adentro. ¿Qué hay?

(Los soldados conducen afuera a un campesino y a su hijo).

Alférez. *(Señala la carreta, donde se hizo presente Catalina) . Allí hay otra. (Un soldado la arrastra afuera).* ¿Sois todos los que vivís aquí?

Los campesinos. Este es nuestro hijo y ésa es una muda. Su madre fue a la ciudad para comprar mercancías para su cambalache, porque hay muchos que están huyendo y venden barato. Son gentes errantes, cantineras.

Alférez. Os advierto que os mantengáis quietos; si no, al menor ruido hay picas sobre vuestras calabazas. Y necesito alguien que nos muestre el sendero a la ciudad. (*Señala al campesino joven*). ¡Eh, tú, ven!

Campesino joven. Yo no conozco sendero alguno.

Segundo soldado. (*Burlándose*). ¡Él no conoce sendero alguno...!

Campesino joven. Yo no sirvo a los católicos.

Alférez. (*Al segundo soldado*). ¡Le metes la pica entre las costillas!

Campesino joven. (*Obligado a ponerse de rodillas y amenazado con la pica*). Ni aunque me maten lo haré.

Primer soldado. Sé como hacerle entrar en razón. (*Se acerca a la cuadra*). Dos vacas y un buey. Oye: si no quieres entrar en razón, te bajo las bestias a sablazos.

Campesino joven. ¡Las bestias no!

Campesina. (*Llora*). Señor Capitán, respetad a nuestras bestias, que si no nos moriremos de hambre!

Alférez. Muertas están si sigue con su testarudez.

Primer soldado. Comienzo por el buey.

Campesino joven. (*Al viejo*). ¿Debo hacerlo? (*La Campesina asiente*). Lo haré.

Campesina. Y muy agradecida, señor Capitán, porque nos haya eximido, por sécula seculórum amen.

(*El Campesino impide a la Campesina seguir agradeciendo*).

Primer soldado. Como si yo no supiese que para éstos, por sobre todas las cosas, está el buey.

(Conducidos por el Campesino joven, el Alférez y los Soldados continúan su camino).

Campesino. Quisiera saber qué cosa intenta. Nada bueno ha de ser.

Campesina. Quizá no estén sino de reconocimiento. ¿Qué haces?

Campesino. *(Arrima una escalera al techo y sube).* Quiero ver si vinieron solos. *(Arriba).* Algo se mueve en la maleza. Veo algo que se extiende hasta la cantera. Y en el claro también hay gentes con corazas. Y un cañón. Esto es más que un regimiento. Dios se apiade de la ciudad y de todos los que están en ella.

Campesina. ¿Hay luz en la ciudad?

Campesino. Nada. Allí duermen todos. *(Baja).* Si llegan a entrar los pasan a cuchillo a todos.

Campesina. El centinela, los descubrirá a tiempo.

Campesino. El centinela, que está de vigía allá arriba en el torreón sobre la ladera, deben de haberlo pasado a mejor vida. Si no, hubiese soplado su cuerno.

Campesina. Si fuésemos más de los que somos...

Campesino. Solos como estamos, aquí arriba, y con nadie fuera de esa achaparrada.

Campesina. Te parece que no podemos hacer nada...

Campesino. Nada.

Campesina. Podríamos correrlos hasta allá, en medio de la noche.

Campesino. Bajando por la ladera, todo está lleno de ellos. Ni siquiera podríamos dar una señal.

Campesina. ¿Para que aquí arriba también nos matasen?

Campesino. Sí, no podemos hacer nada.

Campesina. (A Catalina). ¡Reza, pobre animal, reza! No podemos hacer nada contra el derramamiento de sangre. Aunque no puedas hablar, al menos puedes rezar. Aquél te oye, ya que nadie te oye. Yo te ayudaré. (*Se arrodillan todos, Catalina detrás de los campesinos*). ¡Padre nuestro que estás en el cielo: oye nuestro ruego; no permitas que la ciudad perezca con todos los que están dentro y duermen y no saben de nada! ¡Despiértalos, para que se levanten y vayan sobre la muralla y vean cómo se vienen encima de ellos con picas y cañones, en medio de la noche, por el prado, bajando por la ladera! (*Volviéndose a Catalina*). ¡Protege a nuestra madre, y haz que el guardián no se esté durmiendo y se despierte, porque, si no, será demasiado tarde! Ayuda también a nuestro cuñado; está adentro con sus cuatro hijos; no permitas que perezca; son inocentes y no saben de nada! (*A Catalina, que está gimiendo*). Uno todavía no tiene dos años, el mayor tiene siete. (*Catalina se levanta trastornada*). ¡Padre nuestro: escúchanos, porque sólo Tú puedes dar ayuda, a nosotros nos matarían, porque somos débiles, y no tenemos picas ni nada, y no podemos atrevernos a nada y estamos en Tu mano con nuestras bestias y nuestra alquería toda y así también lo está la ciudad, también ella está en Tu mano, y el enemigo está ante sus murallas con gran poder!

(*Inadvertida, Catalina se ha acercado sigilosamente a la carretera y sacado de ella algo que guarda bajo su delantal. Luego sube, por la escalera, al techo de la casa*).

Campesina. ¡Recuerda a los niños que están amenazados, sobre todo a los más chicos, y a los ancianos, que no pueden moverse, y a toda criatura!

Campesino. ¡Y perdónanos nuestros pecados así como nosotros perdonamos a nuestros deudores! ¡Amén!

(Sentada sobre el techo, Catalina comienza a batir el tambor, que ha sacado de debajo de su delantal).

Campesina. ¡Jesús! ¿Qué está haciendo ésa?

Campesino. ¡Ha perdido el juicio!

Campesina. ¡Hazla bajar, pronto!

(El Campesino corre hacia la escalera, pero Catalina la sube al techo).

Campesina. ¡Nos acarrea la desgracia!

Campesino. ¡Deja de golpear en el acto, desgraciada!

Campesina. ¡Los imperiales se nos vendrán encima!

Campesino. *(Buscando piedras en el suelo)*. ¡Que te apedreo!

Campesina. ¿No tienes compasión? ¿No tienes corazón? ¡Estamos perdidos, cuando nos vengán encima! ¡Nos acuchillan a todos!

(Catalina mira a lo lejos, en dirección de la ciudad, y sigue batiendo el tambor).

Campesina. *(Al viejo)* ¡Siempre te lo dije: no permitas que esa gentuza viva aquí con nosotros! ¡Qué les importa a ellos si nos arrean el último ganado!

Alférez. *(Viene corriendo con el Campesino joven)*. ¡Os destrozó a todos!

Campesina. ¡Señor oficial, somos inocentes, no tenemos la culpa! ¡Se ha subido en secreto! ¡Es una forastera!

Alférez. ¿Dónde está la escalera?

Campesino. Arriba.

Alférez. (*Hacia arriba*). Te ordeno arrojar el tambor!

(*Catalina sigue batiendo*).

Alférez. ¡Os habéis confabulado todos! ¡Esto me lo vais a pagar!

Campesino. ¡Allí enfrente, en el monte, hay pinos talados! ¡Podríamos buscar un tronco y hacerla bajarse a empellones!

Primer soldado. (*Al Alférez*). Permiso para proponer algo. (*Dice algo al oído del Alférez. Este asiente*). Oye, te hacemos una proposición por las buenas. Bájate y acompáñanos a la ciudad, yendo delante de nosotros. Muéstranos a tu madre y no le haremos daño.

(*Catalina sigue golpeando*).

Alférez. (*Empuja brutalmente al Soldado*). No te tiene confianza. No es de asombrar, con la facha que tienes. (*Grita hacia arriba*). ¿Y si yo te doy mi palabra? ¡Soy oficial y tengo una palabra de honor!

(*Catalina golpea con fuerza creciente*).

Alférez. ¡Para ésta no hay nada sagrado!

El campesino joven. No es sólo por la madre, señor Oficial.

Primer soldado. Esto no puede seguir mucho tiempo. En la ciu-

dad deben oírlo.

Alférez. Debemos hacer algún ruido que sea más fuerte que el tambor. ¿Con qué podemos hacer ruido?

Primer soldado. ¿No decían que no debemos hacer ningún ruido?

Alférez. Un ruido inocente, mentecato. Uno que no sea guerrero.

Campesino. Podrían partir leña con el hacha.

Alférez. Parte, pues, leña. (*El Campesino busca el hacha y golpea un tronco*). ¡Golpea más, más! ¡Estás golpeando por tu vida!

(*Catalina lo ha oído, batiendo con menos fuerza. Inquieta, mira a su alrededor y sigue golpeando*).

Alférez. (*Al Campesino*). Demasiado débil... (*Al Primer Soldado*). Golpea tú también.

Campesino. Sólo tenemos un hacha.

(*Deja de golpear*).

Alférez. Debemos incendiar la alquería. Debemos ahumarla.

Campesino. No tiene sentido, señor Capitán. Si en la ciudad ven el fuego, se dan cuenta de todo.

(*Mientras golpea, Catalina ha estado escuchando. Ahora ríe*).

Alférez. Se está riendo de nosotros. ¡Mírala! ¡No lo aguanto más! ¡La bajaré de un tiro, aunque se pierda todo! Id a buscar la carabina.

(Dos soldados salen corriendo. Catalina sigue golpeando el tambor).

Campesina. Ya está, señor Capitán. Allí enfrente está su carreta. Si se la destruimos, terminará. No tiene otra cosa que la carreta.

Alférez. *(Al Campesino joven).* Destruyela. *(Hacia arriba).* ¡Te destruimos tu carreta si no acabas con el tambor!

(El Campesino joven da algunos golpes leves contra la carreta).

Campesina. ¡Acaba, bestia!

(Mirando desesperadamente la carreta, Catalina articula rudos lamentos, pero sigue golpeando...).

Alférez. ¿Cuándo llegarán estos bribones de mierda con la carabina?

Primer soldado. En la ciudad no deben de haber oído nada. Si no, ya oiríamos la artillería.

Alférez. *(Hacia arriba).* ¡Ni siquiera te oyen! ¡Y ahora te bajamos de un tiro! Por última vez: ¡arrójanos el tambor!

El Campesino joven. *(Arroja de pronto el garrote).* ¡Sigue batiendo no más! ¡Sigue, batiendo! ¡Si no, mueren todos! ¡Sigue, sigue batiendo!...

(El Soldado le arroja a tierra y le golpea con la pica. Catalina llora, pero sigue golpeando).

Campesina. ¡No golpees la espalda! ¡Santo Cielo, me lo están

matando!

(Vienen corriendo los soldados, trayendo la carabina).

Segundo soldado. ¡El Coronel tiene espuma en la boca, Alférez!
¡Vamos a parar todos al Tribunal Militar!

Alférez. ¡Apunta! ¡Apunta! *(Hacia arriba, mientras la carabina es colocada en la horquilla).* Por última vez: ¡deja de golpear!
(Catalina llora, pero golpea con cuanta fuerza puede). ¡Fuego!
(Los soldados disparan. Herida, Catalina da aún unos cuantos golpes y lentamente se desploma). ¡Se acabó el tamborileo!

(Mas los últimos golpes de Catalina son relevados por el cañonazo desde la ciudad. De lejos se oye un confuso tañer a rebato y el retumbar de los cañones).

Primer soldado. ¡Lo logró!

XII

Entre la noche y la mañana. Óyense tambores y pífanos de las tropas que marchan, alejándose. MADRE CORAJE está acurrucada junto a su hija, delante de la carreta. A su lado están los campesinos.

Campesina. Debe irse, mujer. Tan sólo queda un regimiento. Sola no podrá salir.

Madre Coraje. Quizá se duerma. (*Canta*):

Arroró rorró,
¡duerma mi niña!
Llora la ajena,
y goza mi cría.
Ellos, en andrajos;
los míos en sedas:
del manto de un ángel
saqué la tela.
Ellos, ni un mendrugo;
un bizcocho, tú.
¿Te resulta duro?
Basta decir: mus.
Arroró rorró.
Duerme. Pues yace
uno en Polonia.
¿Y el otro? ¡Quién sabe!...

Ahora duerme. No debió haberle dicho nada de los hijos de su cuñado.

Campesino. Si usted no hubiese ido a la ciudad, para comprar barato, quizá no habría sucedido.

Madre Coraje. Estoy contenta de que se haya dormido.

Campesino. No se ha dormido; tiene que comprenderlo: se ha ido para siempre. Y usted debe ponerse en marcha de una vez. En el camino hay lobos, y, lo que es peor, salteadores.

Madre Coraje. (*Levantándose*). Sí.

(*Saca de la carreta una cobija, para tapar a la muerta*).

Campesino. ¿No le queda ya nadie? ¿Nadie con quien podría ir?

Madre Coraje. Sí, me queda uno, el Eilif.

Campesino. A ése tiene que encontrarlo. De ella nos encargamos nosotros, de que tenga un entierro decente. Estése tranquila, no más.

Madre Coraje. (Antes de uncirse a la carreta). Aquí tiene dinero para los gastos.

(*Cuenta dinero y lo pone en manos del Campesino. Los campesinos le estrechan la mano y madre e hijo se llevan a Catalina*).

Campesina. (*Yéndose*). ¡Dése prisa!

Madre Coraje. ¡Con tal que yo sola pueda con la carreta!... Ya podré: gran cosa no hay dentro. (*En el fondo pasa otro regimiento con pífanos y tambores*). ¡Ea, voy con vosotros! ¡Llévame!

(*Arranca. Detrás se oye cantar*):

Con sus azares, sus peligros,
la guerra un poco larga ya es.
La guerra dura medio siglo,
la gente baja no habrá prez.
¡Carroña zampa, viste harapos!
¡La paga róble el cuartel!
Mas, quizá surja algún milagro:
la guerra aún está en pie.
Ya es primavera. ¡Sus, cristiano!
Deshiela. En paz están las fosas.
Y quien aún no esté finado
ponga los pies en polvorosa.

Fin
de “Madre Coraje y sus hijos”



